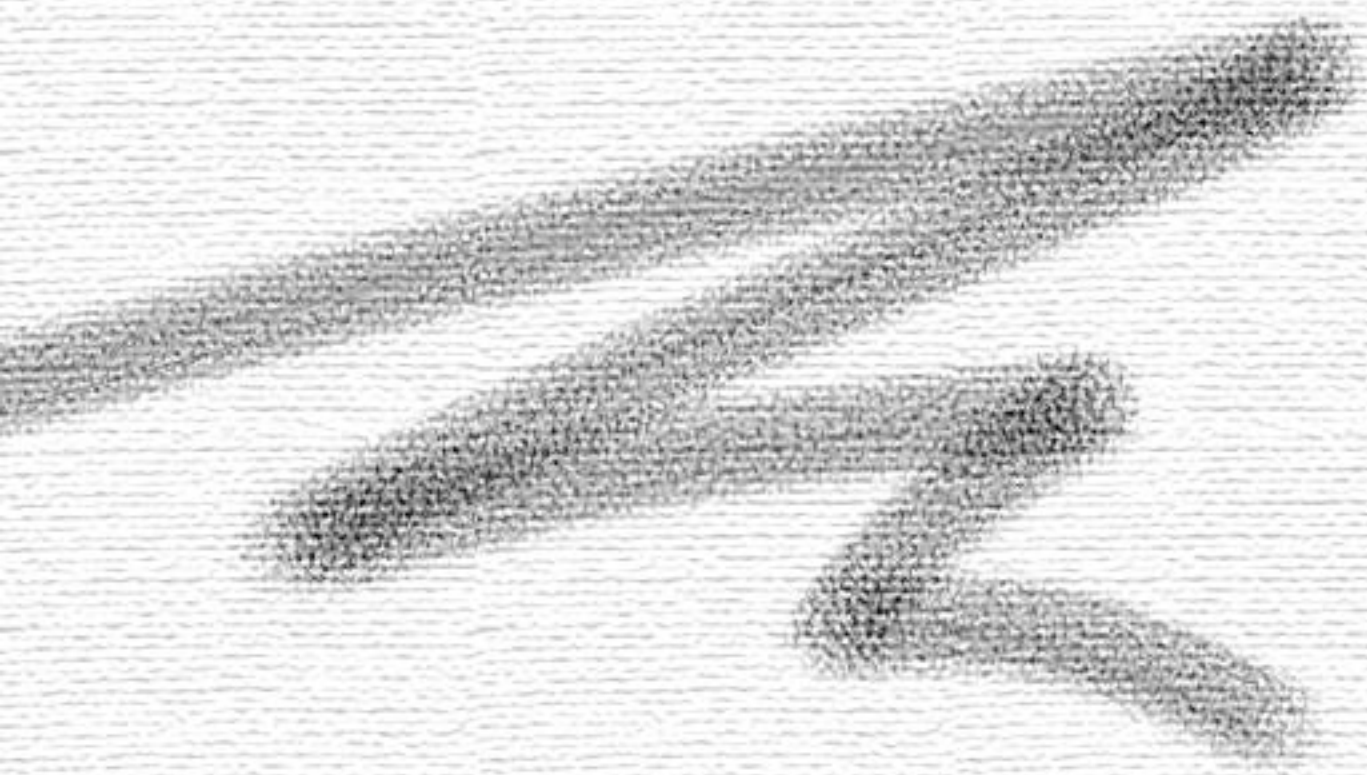


La institución del análisis



AA. VV.

La institución del análisis

AA. VV.

Traducido por Teresa Ferre
y Ramón García

Ediciones originales:

Freud et la question socio-politique
La psychanalyse comme institution
L'institution de l'analyse

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

La paginación se corresponde
con la edición impresa. Se han
eliminado las páginas en blanco.

RAMÓN GARCÍA

PRESENTACIÓN

Los textos que aquí presentamos se refieren a un aspecto no bien clarificado de la teoría y práctica psicoanalítica: el momento, el lugar o el nivel institucional del psicoanálisis. Momento en el que —como dice Gantheret en su trabajo sobre «Freud y la cuestión sociopolítica»— «el lenguaje político se actualiza», lugar «en el que se establece su articulación con el sistema político», nivel «en el que *lo no-dicho* del psicoanálisis vuelve a aparecer como síntoma».

Podría pensarse que, entre nosotros, abrir la crítica sobre la institución del análisis es prematuro e inadecuado: la vigencia social del psicoanálisis en nuestro país (no hay, como en Francia, tres «sociedades» psicoanalíticas en pugna...), se diría, es más teórica que práctica y hablar del momento institucional es precisamente hablar de aquella zona en la que la teoría es práctica social, es hablar, para decirlo en pocas palabras, del momento de la *praxis*.

Sin invalidar totalmente los presupuestos de tal argumentación, debemos argüir que el psicoanálisis es ya praxis desde Freud. Y también desde Freud: praxis institucionalizada, violencia instituida como reflejo y en favor de un sistema social

(creación y consolidación de la Sociedad Psicoanalítica Internacional) y de su propia demanda (la terapéutica como momento privilegiado).

Estos dos fenómenos-hito (creación y mantenimiento de la Sociedad Psicoanalítica Internacional y servidumbre —en contra de un deseo clarificador y casi olvidado de Freud— a la demanda de una terapéutica), que deberemos estudiar en algún otro lugar, marcan con el *signo de lo institucionalizado* —y su fundamento ideológico: la escisión inclusión-exclusión— la evolución de la teoría y práctica freudianas y más claramente aún el desenvolvimiento psicoanalítico posterior.

Diversos aspectos de este «signo» institucional —impregnación y referencia necesaria de la praxis toda psicoanalítica— se abren, a través de los escritos que siguen, a la crítica.

En primer lugar una reflexión, que puede considerarse introductora, sobre los escritos de Freud referentes a la civilización o cultura, su escepticismo y las consecuencias teóricas de este escepticismo: la institución como defensa-ataque de la civilización contra el individuo, su papel de mediadora en la coerción que aquélla ejerce sobre éste, el instinto de muerte como justificación última de toda coerción, de toda violencia y la sublimación como salida no demasiado airosa para el individuo constreñido, violentado. Y junto al escepticismo, la fundamental clarividencia: «...un hombre puede funcionar como bien material para otro cuando se le utiliza como capacidad de trabajo o como objeto sexual» ...origen de cualquier forma válida de freudo-marxismo, final de todo planteamiento adialéctico de la alineación (economismo, psicologismo, etc.).

La institución, mandataria coercitiva de la civilización-cultura sobre el individuo en la tesis freudiana, signa el psicoanálisis. Y este su signo, lo no-dicho psicoanalítico, en su ansia de trascender como mito, aparece y se oculta.

En los dos ensayos siguientes («El psicoanálisis como institución y «El psicoanálisis en la división del trabajo») se abre a la crítica algo de lo que se oculta tras lo que aparece: la duración del tratamiento y su coste, el modelo organizativo de las sociedades psicoanalíticas y su apoyatura jerárquica, la consolidación de tal modelo jerárquico mediante una determinada organización de la formación psicoanalítica... y todo ello en estricta conformación con el modo de distribución del dinero, el saber y el poder en una sociedad estructurada en clases.

Conformación oculta, engañosa, cerrada al análisis crítico, en una palabra *excluida*, tras la rigidificación de la situación analítica (privilegio de la terapéutica): «No es correcto desde el punto de vista del análisis del acto de intervención analítica como totalidad, reducir a lo simbólico parental toda palabra y todo suceso en relación con el dinero y con el poder. En el acto psicoanalítico, inscrito objetivamente en un sistema de formas económicas, al igual que en un sistema de conocimientos y en un sistema de procedimientos terapéuticos, el dinero y el poder no son solamente materiales que sirven a la elaboración inconsciente del deseo, a la articulación de la demanda e incluso al trabajo desordenado del «paso a la actuación». Lo que ocupa un primer lugar en el acto psicoanalítico no es sólo la estructura libidinosa del cliente y del analista ocupados en los destellos

parpadeantes de la transferencia y contratransferencia. Nada —a no ser una ideología no analizada, una contratransferencia institucional ciega— permite postular una primacía del sistema de parentesco simbólico, de la libido, del aparato inconsciente, en comparación con las implicaciones materiales y sociales de la intervención. Si, en la crisis instaurada por la institución del análisis, todo es significativo con relación al deseo, está claro también que todo es significativo en relación al dinero, a la autoridad, a las formas de poder, esto es a las relaciones institucionales»¹. El sistema de referencia institucional del psicoanálisis —«conjunto de conceptos no-psicoanalíticos que pueden articularse con la teoría analítica, en tanto que esta última da lugar a una práctica social» y cuyo conjunto se inserta en la zona de lo no-dicho psicoanalítico— es concretado en la reflexión de Lourau («El psicoanálisis en la división del trabajo») a las instituciones de la lengua, de la prohibición del incesto y del dinero.

El proceso de institucionalización de la práctica psicoanalítica, tal como antes hemos indicado, no es ajeno al desarrollo de la teoría: ésta cristaliza de algún modo ciertos elementos impuestos por tal proceso. De ahí que el último trabajo que presentamos —«El hombre del magnetófono o diálogo psicoanalítico»— no pueda quedar relegado, a nuestro modo de ver, a una consideración práctico-pragmática (dificultades inherentes al acto terapéutico, deficiente actuación del psicoanalista...), ni escudarse tras una lamentación como ésta:

1. RENÉ LOURAU: *L'Analyse Institutionnelle*; Editions de Minuit, Coll. Arguments, Paris 1970, págs. 20 y 21.

«deficiente comprensión de la situación terapéutica». El pretendido diálogo nace de y se consuma en un *ya basta* (situación-límite, si se quiere), momento en el cual la violencia —simple y llana violencia— de la institución (la institución como coerción —violencia— de la civilización sobre el individuo, a los ojos clarividentes —y escépticos— de Freud), encubierta por la misma negación crítica de «la situación analítica», aflora a la luz del día. No hay ningún mal entendimiento, no hay suerte alguna de dificultad en la comprensión de lo más lúcido de la teoría psicoanalítica... hay, simplemente, práctica institucionalizada inserta en el sistema de instituciones de la violencia². Y la reflexión del pretendido —y no dado— «diálogo psicoanalítico» nos lleva nuevamente a la duda freudiana: *Ante estos resultados habremos de preguntarnos si nuestra moral sexual cultural (y la civilización que sustenta) vale la pena del sacrificio que nos impone*³.

2. Siguiendo la pauta de referencia propuesta por Sartre, aludiendo a los psiquiatras ingleses (Cooper, Laing...) e italianos (Franco y Franca Basaglia, Jervis, Casagrande...), puede verse, a propósito del texto, el ensayo de Franco Basaglia “Las instituciones de la violencia” en *La institución negada* (ed. orig.: Einaudi, 1968; trad. franc.: Seuil, 1970), de próxima aparición en su traducción española.

3. Ver el artículo de 1908 “La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna”, en *O. C.*, Biblioteca Nueva ed. de 1948, T. I., págs. 936 a 946. La cita es de la pág. 946.

FRANÇOIS GANTHERET

FREUD Y LA CUESTIÓN SOCIOPOLÍTICA

Digamos para empezar que en la obra freudiana no existe una problemática sociopolítica como tal, pero sí, al menos explícitamente, un acercamiento a la *cultura* o a la *civilización* (Freud considera ambos términos como equivalentes) en su relación con el deseo individual. A través de los textos que tratan de ello se puede intentar descubrir si se dibuja una ideología sociopolítica, constitutiva o por lo menos inherente a la teoría freudiana. Se trata especialmente de: *El porvenir de una ilusión* (1927) y *El malestar en la cultura* (1930). Pero otros textos, que se ocupan en su totalidad o en parte de los mismos problemas, deben considerarse igualmente: la «Carta a Fliess» del 31-5-1897, llamada manuscrito N¹, una parte de *Una teoría sexual* (1905), el artículo de 1908 sobre «La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna» y mucho más tardíamente (1933): «Por qué la guerra», y la última de las *Nuevas aportaciones*². Claro está que sólo citamos aquí un conjun-

1. *Los orígenes de psicoanálisis*, S. FREUD, O. C., Ed. Biblioteca Nueva, Madrid 1948 (tomos I y II) y 1968 (tomo III); T. III, págs. 769 a 773.

2. *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*, O. C. cit., T. II; págs 861 y ss.

to muy limitado de textos, los más explícitos en nuestra opinión. Añadamos que nuestro propósito en este texto se limita a una referencia ordenada a los diversos aspectos de la problemática socio-política en la obra freudiana. El examen de su continuidad o discontinuidad, de sus contextos, quizás nos permita evaluar su función.

El problema «cultural» según Freud, se plantea siempre en los siguientes términos: la civilización exige del individuo que renuncie, de buena o mala gana, a una parte importante de las satisfacciones que busca. Dichas satisfacciones son de orden sexual y su libre juego amenaza a la sociedad en su misma constitución: esta sociedad es, pues, inducida a suprimir un cierto número de posibilidades de satisfacción, prohíbe determinados *placeres*; mediante el juego de una interiorización de esta represión, tal limitación del placer se transforma en una limitación del deseo, pues el individuo prosigue por su cuenta las prohibiciones sociales. Pero veamos más de cerca cómo se expresa este mecanismo.

Los instintos sexuales son en principio múltiples y *parciales*. La sexualidad infantil presenta tres caracteres esenciales: «se desarrolla *afianzándose* sobre una función fisiológica esencial para la vida; todavía no conoce objeto sexual alguno, es *autoerótica* y su fin está determinado por la actividad de una *zona erógena*»³. Un cambio esencial se prepara cuando —a consecuencia de la evolución biológica— la atención recae sobre la zona

3. *Una teoría sexual*, O. C., T. I; pág. 789.

genital como zona erógena. La satisfacción no podría ser entonces autoerótica, ella implica la elección de un objeto sexual diferente del cuerpo propio; en el mismo proceso se unifica la sexualidad, se realiza la síntesis de los instintos parciales. Ciertamente, desde las primeras fases de la sexualidad hay ya elección de un objeto sexual privilegiado. Pero esta elección no adquiere todo su significado hasta la última fase —genital— del desarrollo sexual. En efecto, hasta entonces esta elección de objeto no es más que un medio al servicio del fin del instinto y se puede decir que la búsqueda de satisfacción sólo abandona el cuerpo propio para volver a él inmediatamente, sólo se aventura para servir mejor al autoerotismo. Por el contrario, el advenimiento de la fase genital implica una exigencia real del cuerpo del otro, objeto sexual. Hay ahí una emergencia a distinto nivel, el de las relaciones humanas reales, bajo la forma de un *apareamiento*. A este nivel interviene, según Freud, la exigencia cultural.

Este apareamiento corre el riesgo, en efecto, de ser socialmente limitado, dado el hecho natural de que la comunidad de vida familiar, desde la infancia, privilegia las relaciones entre los miembros de la familia. Interviene aquí la primera y esencial limitación social: la barrera contra el incesto. En 1897 Freud escribe a Fliess: «La “santidad” es lo que induce a los humanos a sacrificar, en beneficio de una comunidad mayor, una parte de su libertad sexual perversa. El horror que inspira el incesto (acto impío) se apoya en el hecho de que, como consecuencia de una vida sexual común (incluso en la época de la infancia), los miembros de una familia son permanentemente solida-

rios y llegan a ser incapaces de ligarse con extraños. De este modo el incesto es un hecho antisocial, al cual, para existir, la civilización ha tenido que renunciar poco a poco. »*

Es, pues, la posibilidad de una generalización del *intercambio* la que impone el tabú del incesto y su correlato individual: el complejo de Edipo. «Ciertamente, el niño tendería naturalmente a elegir a las personas a quienes ha amado desde su infancia, por efecto de una libido en cierto modo atenuada, dice Freud⁴. Pero habiéndose diferido la madurez sexual, se ha ganado el tiempo necesario para edificar, junto a otras inhibiciones sexuales, la barrera contra el incesto. El niño ha podido imbuirse de los preceptos morales que excluyen expresamente de la elección de objeto a las personas amadas desde la infancia, pertenecientes a su misma sangre. Tal inhibición es impuesta por la sociedad, obligada a impedir que la familia absorba todas las fuerzas de las que necesita servirse para formar organizaciones sociales superiores; la sociedad entonces hace uso de todos los medios con el fin de que, en cada uno de sus miembros, y particularmente en el adolescente, se relajen los lazos familiares que existían como hecho exclusivo durante la infancia».

Sin embargo en la teoría freudiana, y desde 1908, las cosas no son tan simples como haría pensar la sumaria exposición que precede. Particularmente, se podría pensar que la evolución psicosexual hacia la genitalidad está en cierto modo determinada biológicamente, que la incidencia social sólo entra

* Ver *O. C.* cit., T. III, págs. 772 y 773.

4. *Ibidem.*, pág. 810.

en juego para regular el curso de esta sexualidad genital. Ahora bien, Freud, en el artículo de 1908 ya citado*, matiza mucho más. El instinto sexual en el hombre, nos dice, no está en principio al servicio de la reproducción, sino al del logro de placer. Después —tal como hemos visto— se instaura la primacía de la zona genital. Durante ese desarrollo, una parte de la excitación sexual, la que proporciona el cuerpo propio del sujeto (autoerotismo), se inhibe, en tanto que es inepta para ponerse al servicio de la reproducción y, en los casos más favorables, *se sublima*: es decir, cambia de fin sin disminuir de intensidad y se pone al servicio de la sociedad⁵. Las fuerzas así obtenidas, y que se pueden emplear en fines culturales, lo son pues en detrimento de los elementos *perversos* de la excitación sexual. Pero Freud añade a esto las siguientes consideraciones:

—Hay pues tres estadios de la evolución sexual, en relación con *tres estadios de la civilización*: un primer estadio de práctica libre de la sexualidad, sin considerar la reproducción como fin;

—un segundo estadio en el que se suprime todo instinto, a excepción de los que sirven a la reproducción;

* Se refiere al artículo de Freud *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*. En cast.: *O. C. cit.*, T. I, págs. 936 y ss. A propósito de las consideraciones que siguen ver especialmente las págs. 939 y 940.

5. Son pues, en contraposición a las concepciones comúnmente existentes (y falta de una teoría acabada de la sublimación), los instintos pregenitales, y sólo ellos, los que son aptos para ser sublimados.

—un tercer estadio en el cual únicamente se conservan los instintos sexuales que sirven a la reproducción *legítima* (es decir, sometida a las leyes del tabú del incesto primeramente y consecutivamente a las estructuraciones sociales basadas en los modos exogámicos, monogámicos...).

Y Freud añade que considerando solamente el segundo de dichos estadios, se advierte que mucha gente no lo alcanza de manera satisfactoria, y que frente a la *sexualidad normal*, es decir, la que se puede poner al servicio de la civilización, se encuentra muy a menudo la persistencia de una sexualidad *perversa* (que escapa a la primacía genital); esta sexualidad perversa tiene dos posibles destinos: o bien permanece resueltamente perversa, es decir, induce al individuo a encontrar en la realidad unas satisfacciones de orden pregenital; o bien es intensamente reprimida —aunque siempre presente—, y esta supresión fallida conduce a modos de satisfacción sustitutiva: las psiconeurosis. De ahí la fórmula: la neurosis es el negativo de la perversión.

Que Freud apele a una noción de «estadio de civilización» para caracterizar el paso de la sexualidad perversa a la sexualidad sometida a la primacía de la genitalidad, demuestra que para él esta evolución, en cierto modo, no se da de suyo «biólogicamente». Hay una ingerencia de la civilización para forzar ese paso y lo que se deja al margen de esta sexualidad «normal» queda marcado como *desviación* sexual y sometido a la represión, o al menos rechazado.

De hecho, parece ser que todo se plantea sobre la ambigüedad de las formulaciones: sexualidad

sometida a la primacía genital y sexualidad puesta al servicio de la reproducción. Es difícil saber lo que la entrada en juego de la zona genital aportaría como diferencia fundamental en la evolución psicosexual, de no ser el que ella precisamente implica la elección de objeto exterior, la posibilidad de una cierta estructuración de la realidad social (agrupación familiar, reproducción). Ejercer una actividad sexual de orden genital, es elegir una pareja del sexo opuesto y —potencialmente— procrear. Al mismo tiempo la actividad sexual entra en el campo de la realidad social, a título constitutivo de dicho campo. Hay ahí un paso hacia la cultura, una culturalización de la sexualidad; y no solamente de la sexualidad genital sino, retrospectivamente, de toda forma de sexualidad, cuyos modos pregenitales adquieren carácter de perversiones y son sometidos a la supresión.

Se puede, de paso, hacer una observación importante: si la clave de todo este sistema de culturalización de la sexualidad descansa sobre el hecho de que la satisfacción sexual genital es al mismo tiempo, por la puerta de la sexualidad al servicio de la función procreadora, inserción en un orden social, podríamos preguntarnos qué mutación fundamental introduce el uso culturalmente generalizado de los métodos anticonceptivos; pues se trata nada menos que de liberar la sexualidad genital de su constricción a la función reproductora, y devolvería á su finalidad de búsqueda del placer. De este modo se comprende mejor el que una institución como la Iglesia, cuya *estructura libidinal*⁶ —es decir, su institucionalización del lazo li-

6. *Psicología de las masas*, O. C. cit., págs. 1119 y ss. del T. I. Ver particularmente el cap. V, págs. 1131 a 1134.

bidinal— se sienta también amenazada por la generalización de la anticoncepción.

Hasta aquí la problemática examinada por Freud es de orden estrictamente cultural: se trata de las relaciones entre los instintos sexuales en el individuo y el orden cultural, de las condiciones de existencia de una cultura, pero no de la realidad concreta socioeconómica de dicha cultura. Pero los textos posteriores a 1920 toman otro giro: en primer lugar, en 1927, en *El porvenir de una ilusión*. En este texto Freud distingue dos aspectos de la civilización:

—Los conocimientos y capacidades para dominar las fuerzas de la naturaleza y para sacar de ella los bienes materiales que exigen las necesidades humanas.

—La regulación de las relaciones interhumanas y particularmente los modos de distribución de dichos bienes.

Entre ambos aspectos, varias interacciones:

—las relaciones interhumanas están influenciadas por la cantidad de satisfacción posible que proporcionan los bienes materiales;

—un hombre puede funcionar como bien material para otro cuando se le utiliza *como capacidad de trabajo o como objeto sexual*;

—cada individuo es enemigo potencial de la civilización.

Cada uno de los puntos enunciados aquí* es capital para el problema que nos ocupa, y tendremos que discutirlos detalladamente. Del último se desprende concretamente que las regulaciones, órganos de dirección, instituciones, se dirigen hacia una defensa de la civilización contra el individuo y tienden no solamente a asegurar una cierta distribución de los bienes, sino *a mantener dicha distribución*.

Todo sucede pues, dice Freud, como si la civilización fuese algo impuesto por una minoría —que ha comprendido cómo obtener los medios del poder y de la coerción— a una mayoría hostil. ¿Es esto un vicio del desarrollo, remediable por medio de una reordenación de las relaciones interhumanas que suprima la insatisfacción? Freud no lo cree. *Toda* civilización, dice, no puede construirse más que sobre la coerción, sobre la obligación imperativa de renunciar a una parte de satisfacción impuesta al individuo; y si la coerción cesara, cesarían los esfuerzos para adquirir bienes: *hay en él hombre tendencias destructivas, antisociales y anticulturales*. Freud introduce aquí, pues la cuestión del *Instinto de muerte*, como fundamento, causa y justificación de la coerción social. Volveremos sobre este punto.

Las medidas de defensa social contra el individuo están pues destinadas a producir unas *frustraciones*, siendo éstas el resultado de que el instinto no pueda satisfacerse. La *prohibición* es la

* Tales “puntos”, extraídos de *El porvenir de una ilusión*, se encontrarán en *O. C. cit.*, T. I, pág. 1255.

ley, la regla que establece dicha frustración y la *privación* es la condición (en el sentido de condición humana) que resulta de la prohibición. Ahora bien, aquí —y esto es capital—, Freud establece una distinción entre las privaciones que afectan a la totalidad de los individuos, sin distinción, y que son en consecuencia inherentes a la misma esencia de la civilización, y *las privaciones que afectan sólo a ciertos grupos, ciertas clases, ciertos individuos*.

Las primeras son siempre operantes, pues están destinadas a sofocar unos deseos que renacen en cada niño. Entre estos deseos, y en primer lugar, el incesto. Un mecanismo esencial opera aquí: la coerción externa se interioriza gradualmente en el individuo y entonces *el super yo* interpreta interiormente el papel de censor de los deseos prohibidos. No obstante, dice Freud, este mecanismo no es siempre operante para todos, ni en el mismo grado, y únicamente la posibilidad de una coerción *efectiva* mantiene a la mayoría de la gente en la obediencia a las prohibiciones.

La segunda categoría de privaciones comprende las que sólo afectan a ciertas clases: hay en ellas, reconoce Freud explícitamente, un *exceso de privación*, y encuentra normal que las clases no privilegiadas desarrollen una gran hostilidad contra una sociedad «cuya existencia es posible gracias a su trabajo, y cuyos frutos les son escatimados». Y, dice Freud, *no se puede esperar, en esas condiciones, una internalización de la prohibición por parte que las clases no privilegiadas*.

Antes de volver sobre los puntos —en mi opinión fundamentales— de discusión contenidos en lo que acabamos de exponer, veamos cómo prosi-

gue Freud ese debate. Hay, en *El porvenir de una ilusión*, un primer pasaje en el cual Freud hace alusión a la teoría marxista y a la experiencia socialista soviética: quizás, dice, las características humanas (el instinto de muerte en última instancia) que sirven para justificar la coerción no sean más que el producto de ella. Freud expresa sus dudas, pero no se pronuncia; y siguiendo lógicamente su pensamiento (si la coerción es la primera y causativa, entonces es preciso encontrarle una racionalidad distinta que la de tendencias intraindividuales: y el marxismo suministra la idea de tal racionalidad) afirma entonces que no tiene intención de emitir juicio alguno sobre la experiencia socialista soviética, a la sazón en pleno desarrollo.

Encontramos tres años más tarde en *El malestar en la cultura*, varios pasajes que tratan del mismo problema, pero de una manera mucho menos matizada. Los comunistas, dice, creen haber encontrado el camino de la liberación del mal: la propiedad privada es la causa de la agresividad destructiva antisocial. Se trata de una ilusión imposible de mantener; aboliendo la propiedad privada se le quita a la agresividad un instrumento ciertamente poderoso, pero no el más poderoso. La agresividad reinaba sobre la tierra antes de la instauración de la propiedad privada. Aunque se aboliera ésta subsistiría el privilegio sexual, fuente de las mayores hostilidades; aunque se aboliera ese factor suprimiendo la familia (sin poder prever adonde arrastraría a la civilización la destrucción de su célula germinativa), volveríamos a encontrar, sin duda alguna, *ese componente indestructi-*

ble de la naturaleza humana (el instinto de muerte).

Se nota aquí que la postura freudiana se ha «endurecido» considerablemente: ya no es cuestión de dudas ni de matices, el instinto de muerte es constitutivo y por consiguiente la coerción es inevitable en cualquier sociedad. Esta postura es más clara todavía en la última de las *Nuevas aportaciones*. Los argumentos emitidos son los mismos, ricos en consideraciones sobre el desarrollo del socialismo en la URSS: Freud ve en el dogmatismo y la coerción stalinianas las pruebas del descarrío del pensamiento marxista, en la medida en que éste podía pretender subordinar algunos factores constitutivos del psiquismo humano —y se trata desde luego del instinto de muerte— a condiciones económicas.

En primer término conviene señalar una evolución innegable del lugar y de la función otorgados por Freud, a lo largo de su obra, a los factores sociopolíticos y económicos. En la primera etapa se trata sólo de la exigencia cultural que impone una dirección, una limitación y una canalización de la energía instintiva humana: dirección hacia (y subordinación a) la genitalidad; limitación de relaciones genitales (la barrera contra el incesto); canalización de dichas relaciones por vías acordes con la estructuración precisa de la civilización. Se trata solamente de una *humanización*.

En la segunda etapa (en los años 1920) se evoca como tal, una situación más claramente *política*. En la misma obra, *El porvenir de una ilusión*, aparece, por una parte, la idea de que la función de

las instituciones, órganos activos de la civilización, es la de mantener no sólo una organización del trabajo y una distribución de los bienes, sino *una cierta forma concreta* de dicha distribución y dicha organización; y, por otra parte, como corolario que existen privaciones inherentes a la esencia misma de la civilización y *privaciones que afectan únicamente a ciertas clases*, en función de la organización social particular⁷. La clave de esta etapa, que abre todo el campo de la problemática en juego, es la consideración según la cual «un hombre puede funcionar como bien material para otro cuando se le utiliza como capacidad de trabajo o como objeto sexual». Esta idea permanece totalmente inexplorada; sin embargo señala la recuperación capital de los dos *órdenes*: el orden del deseo y de la fantasía y el orden, de la explotación social y de la estructura de clases. Ella implica una unidad de goce: goce sexual del otro como objeto sexual, goce material del otro como fuerza material explotable.

Recordemos efectivamente cómo presenta Freud, en ese momento, su idea de la civilización, bajo vertientes:

—por una parte la producción de los bienes;

7. Esta idea del “exceso de privación”, claramente indicada por Freud, es reivindicada por Marcuse (la “represión sobrante”, *Eros y civilización*, ed. Joaquín Mortiz, pág. 50) como aporte original a la teoría freudiana. Fuera de toda consideración de propiedad, se puede ver en ello una tentativa de Marcuse para “aplastar” las tesis freudianas, presentarlas como un “bloque” al que habría que “añadir” algo.

—por la otra las relaciones interhumanas y particularmente la distribución de los bienes disponibles.

Considera pues unitariamente en esta segunda vertiente los lazos libidinales y las relaciones de distribución.

Hay tres niveles en lo que Freud nos dice aquí:

—*Primer nivel*: una visión antropológica unitaria del intercambio. Los hombres reciben bienes materiales o amor, o son privados de ambos, según una indudable organización —o estructuración— afectivo-económica de la distribución.

—*Segundo nivel*: hay una rectificación de la persona humana, a partir del momento en que ésta se convierte de modo ineluctable en *objeto* sexual o en fuerza de trabajo al servicio del otro.

—*Tercer nivel*: pero además Freud afirma que el hecho de que «tun individuo pueda funcionar como bien material para otro, en la medida en que el otro utiliza su capacidad de trabajo o lo elige como objeto sexual»⁸, constituye una interacción entre la primera vertiente de la civilización y la segunda: entre la producción de los bienes y las relaciones interhumanas.

Con esto, Freud abandona el terreno de las simples consideraciones interrelacionales, referentes al

8. *El porvenir de una ilusión*, O. C., cit., T. I, pág. 1255. Advertiremos que en la traducción española de Ballesteros el término *material* ha sido sustituido por *natural*.

intercambio, la distribución, la circulación de bienes y de amor. Enlaza categóricamente esta vertiente con la cuestión de la producción y estas relaciones sólo se pueden enfocar como *relaciones de producción*. Aquí la argumentación freudiana, estableciendo la cuestión de la explotación de la fuerza de trabajo como central, se articula directamente con la argumentación marxista. ¿Es necesario recordar este punto fundamental en Marx? La producción de la plusvalía, es decir la transformación del dinero en capital, descansa por entero Sobre la posibilidad de hacer funcionar la fuerza de trabajo como mercancía, y como una mercancía particular y única. Marx demuestra sin refutación posible⁹ que la única posibilidad de aumento de valor en el proceso de transformación Dinero-Mercancía-Dinero, sólo puede proceder del valor de uso de la mercancía, es decir, de su uso y de su consumo.

«Pero, para poder obtener valor del consumo de una mercancía, nuestro poseedor de dinero tiene que ser tan afortunado que, *dentro de la órbita de la circulación*, en el mercado, descubra una mercancía cuyo *valor de uso* posea la peregrina cualidad de ser *fuentes de valor*, cuyo consumo efectivo fuese, pues, al propio tiempo, *materialización de trabajo*, y, por tanto, *creación de valor*. Y, en efecto, el poseedor de dinero encuentra en el mercado esta mercancía específica: la *capacidad de trabajo* o *la fuerza de trabajo*.»

Pero Freud hace algo más que situarse fugazmente en una perspectiva marxista; aporta algo

9. MARX, *El Capital*, Libro I, Cap. IV. Trad. cast, de Wenceslao Roces en F.C.E. Méjico, 1971. Ver T. I, págs. 103 y ss. La cita es de la pág. 121.

esencial: el hecho de funcionar, para otro, como objeto sexual sitúa al individuo en la categoría de *bien material para los demás* al igual que el hecho de funcionar como capacidad de trabajo.

No dice que se trate del mismo proceso; pero afirma que, respecto a la alienación, ambos procesos tienen idéntica función. Se encuentra ahí lógicamente implicado el que *no podría plantearse, desde el punto de vista de una acción transformadora de desalienación, la posibilidad de limitarse a una sola de las dos formas de la alienación.*

Tal vez se me objetará que es deducir demasiado de una sola frase de Freud; pero esta frase viene a culminar en una *etapa* del pensamiento freudiano, en la cual la sostienen de modo coherente otros elementos. Es particularmente en esta etapa cuando aparece por vez primera y de forma más matizada, como ya he demostrado, la postura freudiana explícita en relación al marxismo y a la experiencia soviética: para Freud el problema *se plantea*.

Inmediatamente después, en una tercera etapa, este problema ya no se plantea, está «resuelto». No se trata ya de una articulación fundamental entre las relaciones objétales y las relaciones de producción; se condena la experiencia soviética como ilusoria y errónea no en la medida en la que privilegiaría indebidamente una forma de la alienación, sino como error radical en cuanto a las causas de la agresividad. Claro está, dice Freud, la injusticia social no hará más que agravar las cosas, pero ella representa únicamente un elemento secundario, sobreañadido, a la cuestión fundamen-

tal de la existencia de tendencias destructivas, antisociales en el hombre: el instinto de muerte. El proceso dialéctico, vislumbrado por un instante, se vuelve a ocultar, desaparece. Teníamos el esbozo de una concepción en la que no se hallaban separadas radicalmente la cuestión de una necesaria renuncia a la satisfacción como condición de la humanización y el factor de exceso de privación debido a la forma singular del sistema social, pero en la que, al contrario, *la privación fundamental, ontológica, no podría escaparse de ser apresada desde el primer momento en las redes de la estructura económica*. En esta tercera etapa todo vuelve a centrarse sobre el psiquismo individual y el instinto de muerte viene a recubrir unitariamente el conjunto de la *protesta individual*.

Este concepto-máscara —el instinto de muerte— cumple ahí una función primordial. Viene a anular una oposición constitutiva; y esta función la cumple lo mismo como *realidad psíquica* en el individuo que como realidad científica en el discurso psicoanalítico. En el individuo viene a encadenar ineluctablemente el superyó —la interiorización de la represión—; encadenarlo, en el sentido en que indisolublemente la privación necesaria es al mismo tiempo adecuación a las limitaciones impuestas por la estructura de clase; encadenarlo, en el sentido en que se hace radicalmente imposible el ser «adaptado» sin ser conservador, el ser revolucionario sin ser «neurótico»; encadenarlo, de tal modo que la neurosis hable un lenguaje revolucionario frustrado.

El instinto de muerte cumple el mismo papel

en el discurso psicoanalítico. En el desenfreno nazi de 1933 los psicoanalistas tan sólo hablan del instinto de muerte, que tiene allí explícitamente su lugar y su función: la de evitar y enmascarar un análisis político del fascismo. El instinto de muerte se convierte en un algo que debe ser «evacuado», es decir conservado intacto en su función de no-dicho y de lo que, como vástago rechazado, no se quiere volver a oír hablar; y esta postura puede, por ejemplo, ser adoptada por Reich que, negando el instinto de muerte, evacúa toda dimensión de la fantasía (y en primer lugar la fantasía de castración y la cuestión del padre), y emprende el camino de una construcción delirante biopolítica; o puede ser adoptada por los psicoanalistas más conservadores, adaptadores del yo a la realidad, quienes evacúan con él, negándolo, toda dimensión socioeconómica y política.

Al psicoanálisis le es cada vez más difícil ignorar dicho problema; cada vez es más difícil evitar la cuestión de saber por qué el psicoanálisis *se habla sin poder hablarlo*: a saber, la dimensión política de su práctica. Este no-dicho del psicoanálisis vuelve a aparecer como síntoma en el lugar mismo en que se establece su articulación con el sistema político, en el nivel en que el lenguaje político se actualiza: es decir en el nivel del *psicoanálisis como institución*, con una función precisa en un conjunto político preciso.

FRANÇOIS GANTHERET

EL PSICOANÁLISIS COMO INSTITUCIÓN

Ha llegado a ser corriente, clásico, reconocer la práctica psicoanalítica como burguesa. No es necesario ya demostrarlo: los datos económicos, en primer lugar, dan testimonio de ello. Sin embargo, el público profano sólo tiene de estos datos vagas ideas generales y quizás no sea inútil el precisarlos.

Una cura psicoanalítica dura mucho tiempo: varios años. El paciente que la sufre tiene que elegir entre varios analistas que pueden tomarlo a su cargo: pero las condiciones de esta elección son en primer lugar económicas. El abanico de honorarios se extiende desde 30 hasta 200 francos o más, por sesión; un psicoanálisis cuesta pues entre 400 francos hasta... infinitamente más, cada mes, a razón de tres o cuatro sesiones semanales. O sea sólo las clases por lo menos desahogadas pueden acceder a las tarifas mínimas. Por otra parte, un dato llamado «técnico» de la cura exige que el coste del análisis sea proporcional a los recursos del paciente; es preciso que el psicoanálisis represente un verdadero sacrificio financiero. Esta regla se respeta, pero según las modalidades siguientes: con muy raras excepciones, cada psicoanalista tiene un baremo posible de sus honorarios, cuyo límite inferior está directamente en función de su

notoriedad. Tal analista pedirá a sus pacientes unos honorarios proporcionales a sus ingresos, pero nunca inferiores a un «mínimo»; y este mínimo depende a su vez de la «lista de espera» del analista. Si se trata de un analista debutante, esta lista de espera es reducida, el analista apenas puede elegir a sus pacientes y el mínimo es bajo. Si se trata de un analista conocido, su lista de espera es larga y puede permitirse el fijar un mínimo elevado... Entre las clases acomodadas que son clientes del psicoanalista, se opera pues una nueva selección: quien posea recursos modestos sólo podrá acudir a un analista poco conocido y de poco renombre, quien posea recursos elevados podrá «pagarse» un analista de fama. Así pues, en la práctica psicoanalista ni siquiera cuenta —con todas las reservas hechas— lo que permite a la medicina salirse un poco de su posición de clase, es decir la práctica hospitalaria en la que todo paciente puede teóricamente, y a menudo concretamente, tratar con el «jefe».

Estas modalidades del tratamiento encajan muy directamente con las modalidades de la formación analítica. Quien quiere ser analista debe atravesar una serie de etapas, en las que una sociedad analítica aprecia progresivamente su capacidad para ser analista. Un comité selectivo admite, pasado un tiempo de formación, al candidato para practicar el psicoanálisis bajo control y luego le reconoce como analista. Una jerarquía bien definida se establece en las sociedades analíticas, y va desde los «alumnos» hasta los miembros adheridos, después los titulares, y entre estos los analistas didácticos, o sea, los que se reconoce como aptos para formar otros analistas. La organización

del poder en las sociedades repite con exactitud esta jerarquía. Y los honorarios en uso son fiel reflejo de la posición del analista en la jerarquía. Esto implica en primer lugar que el candidato que tenga que entenderse con un analista didáctico, pagará caro su análisis (en la actualidad* una media de 100 francos por sesión). Así pues, sólo los más ricos pueden ser los eventuales clientes del análisis. Por otra parte, en los medios en los que se reclutan habitualmente a los futuros analistas, es decir esencialmente las profesiones concernientes a la salud mental, prácticamente sólo los médicos pueden tener recursos suficientes para soportar esos gastos; este dato financiero interviene pues en el sentido de una consolidación de la casta médica y de su poder en los equipos de tratamiento.

Ciertamente hay analistas que escapan individualmente en mayor o menor medida al mecanismo descrito; mas únicamente como raras excepciones. Por lo demás, una sociedad analítica (la sociedad freudiana de París o «lacaniana») al volver a poner teóricamente en tela de juicio las modalidades de la formación analítica parece que no ha hecho sino oscurecer ese proceso, y, mirándolo de cerca, en nada ha cambiado (salvo en lo tocante a los vocablos) la estructura jerárquica habitual, su soporte económico, y en ningún momento ha modificado, ni siquiera aclarado, su posición de clase —aunque lo haya pretendido, en «mayo» por ejemplo, en un frenesí que, por otra parte, no fue exclusivamente suyo y que se parecía mu-

* Se trata del año 1969.

cho a una operación de coartada política conjugada con una caza de la clientela.

Sería ingenuo asombrarse de que la práctica del análisis sea típicamente burguesa. No se puede imaginar por qué milagro podría escapar a las condiciones generales de intercambio de la sociedad donde se produce. A mi entender habría incluso que reconocerle el mérito de no intentar velar esta posición de clase; al menos generalmente y excepción hecha de las tentativas actuales de las que hablaré más adelante. En cualquier caso, el psicoanálisis se encuentra relativamente a gusto en esta posición. Lo que se analiza es el destino de los instintos; es la compleja figura dibujada por el deseo y la defensa, para llegar a una realización fantástica del deseo, para negar la frustración. Pero el deseo «desentona». Mientras el análisis no le permita encontrar el objeto fundamental al que aspira, necesita pasar por todos los engaños, los sustitutivos, los rodeos que están a su alcance. El principio de realidad, impacto de lo real y de su estructura sociopolítica, es reconocimiento de las vías por las que debe pasar el deseo para encontrar satisfacción real y duradera. «La sustitución del principio de placer por el principio de realidad, no significa la destitución del principio de placer, sino solamente la preservación de este último.

Se abandona un placer instantáneo, inseguro en sus consecuencias, pero únicamente para ganar por la nueva vía un placer seguro y que sea lo más duradero posible», dice Freud («Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico», 1911).

El análisis sólo puede remitirse a este horizonte sociopolítico concreto en el que se encuentra in-

merso. Todo deseo de transformación de la realidad lo interpreta a su medida, es decir, como economía del rodeo, negación de la frustración y tentativa de inmediata satisfacción del deseo.

En esta perspectiva, el psicoanálisis no puede más que constatar imperturbablemente que la realidad es así y funcionar sobre esta base. Al hacerlo, es evidente que participa de ello totalmente. Es lógico que la institución analítica se vierta lo más clara y eficazmente posible en el molde sociopolítico concreto, se integre armoniosamente en él. Desde un punto de vista político subjetivo, esto conduce a una posición «modesta» del psicoanálisis, de los psicoanalistas y de la institución psicoanalítica: funcionamos dentro de un sistema social dado, no podríamos aspirar a transformarlo, por más que lo deseáramos individualmente. Desde un punto de vista político objetivo, esto conduce a una integración del psicoanálisis en el sistema social, a ponerlo, lo quiera o no, al servicio de dicho sistema: como cualquier otra institución.

Sobresale otra postura, particularmente en la actualidad, a la que llamaría, en términos políticos, activamente partícipe, mientras¹ que la precedente era pasivamente partícipe. La postura consiste, después de localizar algunos elementos del sistema sociopolítico, y sobre todo porque estos elementos hacen hincapié por su significado de contradicción interna del sistema, en intentar paliarlos *arrastrando a ello a la institución analítica*. Esta tentativa tiene políticamente una función reformista.

Éste es el caso de las personas que nunca se

plantean el problema político, pero que padecen las consecuencias del mal funcionamiento de la empresa analítica e intentan paliarlo. Postura idéntica a la del «joven patrón» que preocupado por las amenazas que recaen sobre su empresa se ve obligado a mejoras sociales para conservar su rendimiento. En efecto, en la actualidad hay necesidades crecientes respecto a la salud mental, y por lo tanto necesidad de trabajadores calificados del «sector». Ahora bien, esta calificación aparece primero como psicoanalítica. En numerosas instituciones dedicadas al tratamiento no contratan ya a ningún psicólogo valorando sólo su calificación psicológica sino, además, su formación analítica. Cómo la empleará es otra cuestión a la que nadie es capaz de responder; pero esta formación funciona como mito eficaz. Esto les sucede ya a los jóvenes psiquiatras (casi la totalidad de los internos del departamento del Sena están en formación psicoanalítica), y poco a poco a los reeducadores, los educadores... Hay un progresivo deslizamiento de la necesidad que se siente de una formación analítica hacia capas cada vez menos «aristocráticas» de los trabajadores de la salud mental. Éste es un proceso muy conocido actualmente: la creciente necesidad de obreros cualificados, que amenaza con hacer bascular la estructura socioeconómica. No menos conocida es la respuesta a esta contradicción interna del sistema: la formación de cuadros medios, o de peones supercualificados. Esto es precisamente lo que amenaza ocurrir en la institución psicoanalítica: un reciente proyecto de ley del psicólogo, redactado por D. Anzieu a petición del gobierno, prevé la formación de psicólogos-psicoterapeutas garantizados por las socieda-

des analíticas (las cuales a su vez están garantizadas por la Asociación Psicoanalítica Internacional) como que han recibido una formación analítica (pero no siendo forzosamente psicoanalistas). Por otra parte, ya existe tal sistema, no de forma oficial pero sí ampliamente reconocido, en relación con la formación de psicoterapeutas de niños, certificada por un equipo psicoanalítico que, sin confundirse formalmente con la Sociedad Psicoanalítica de París, está constituido por algunos de sus principales representantes (Lebovici, Diatkine...).

Señalemos de pasada, y de manera coherente con el aspecto político del proyecto, en qué se convierte el psicoanálisis en esta aventura: para un subpsicoanálisis, se pueden formar subpsicoanalistas; para niños-, hombrecillos, podemos contentarnos con un pequeño análisis... El psicoanálisis se convierte así en algo cuantitativamente dosificable; pierde una de sus características fundamentales: lo radical de su planteamiento; al mismo tiempo se refuerza como mito: nadie es capaz de decir cómo puede utilizarse esta pequeña formación analítica (a no ser para estupideces del tipo de la «sensibilización a las relaciones humanas»); pero tampoco esto preocupa a nadie. Basta con que se pueda afirmar que por alguna parte, misteriosamente, ha pasado el análisis... En fin, tercer aspecto coherente de este cuadro, las sociedades psicoanalíticas salen fiadoras ante los ministerios interesados: se convierten en su órgano de selección ya que la elección de los psicoterapeutas citados se hará contando con su opinión.

Por lo demás, sería un error hipnotizarse ante

este único proyecto de ley ya que no hace sino dar la más clara y actual visión de lo que, oficialmente, tiende a instaurarse en todas partes.

Intentamos ver con mayor claridad lo que eso significa para el psicoanálisis y la institución psicoanalítica. De hecho hay connivencia entre la primera postura, llamada pasiva, y la segunda. Los defensores de la primera (es muy posible que los caminos de la libido sean políticamente determinados, políticamente contestables, pero no por ello dejan de ser los caminos de la libido y el análisis debe preocuparse tan sólo del análisis), ante el miedo de caer en una negación de la realidad, se embarcan completamente en otra: la de la extensión de la idea psicoanalítica, de la dificultad cada vez mayor en mantenerla en las vías más tradicionales de su práctica; y los segundos están en buenas condiciones para decirles que su aristocracia es cada vez más artificial, que están cada vez más alejados de la realidad social, que si no se ocupan de los problemas sociales que se plantean a propósito del análisis, otros se ocuparán por ellos y de modo distinto. Pero inversamente, cuando el ocuparse de estos problemas, de la manera que se ha visto, significa una desaparición de la radicalidad analítica, un aplastamiento de su proyecto, una cuantificación, ¿se puede decir que se trata de salvaguardar el destino del psicoanálisis? Ciertamente que no. De lo que se trata es de salvaguardar, en nombre del psicoanálisis, los intereses de una casta amenazada por el desarrollo de las contradicciones internas de un sistema. Pues, ¿qué quedará que pueda favorecerse del psicoanálisis? Un limitado número de psicoanalistas, que serán poseedores, que habrán garantizado una formación con

nombre de psicoanálisis, sin poner en peligro la existencia de una aristocracia psicoanalítica. Se ve así con mayor claridad la necesidad interna del segundo aspecto anteriormente citado, a saber: el incremento del carácter mítico del análisis. En efecto, sólo a este precio puede salvaguardarse la operación: que algunos iniciadores, permanezcan como poseedores y al mismo tiempo reduzcan la fuerza de la demanda, otorgando un algo indefinible pero que tiene que ver con el análisis. *Éste es, punto por punto, el modelo de la participación gaullista*: apaciguar el descontento obrero ofreciéndole una participación mítica en los beneficios de la clase dominante, lo que permite salvaguardar los verdaderos intereses de ésta. Pues los verdaderos intereses de la clase dominante, y hay que volver a la radicalidad del análisis marxista, son que el nacimiento básico del capitalismo, la plusvalía, continúe funcionando, cualesquiera que sean los circunstanciales ropajes que el capitalismo tome de prestado.

A la vez, nos es más fácil comprender el tercer aspecto del proyecto, a saber, la colusión de las sociedades analíticas con el poder: de hecho se trata de la misma andadura.

Entonces, ¿es preciso tomar definitivamente «una determinación» respecto al destino político del psicoanálisis, contentándonos con rechazar al unísono las dos posturas? ¿Hay que admitir que de ningún modo podría escapar, ni como institución, ni como teoría, ni como camino, a sus determinaciones políticas? ¿Es preciso contentarse con observar tristemente sus avatares y sus restableci-

mientos, totalmente idénticos a los de cualquier otra institución?

Sin embargo... Tanta esperanza había puesta en el psicoanálisis que en mayo de 1968 se le oía manifestarse, a través de Reich, de Marcuse... O sea, recurriendo a Freud, pero con la mediación de unos desviacionistas de la institución psicoanalítica. No creo que recurrir a Reich sea en sí mismo pertinente, pues Reich pagó con el delirio su divergencia de la institución analítica¹. Asimismo, recurrir a Marcuse no deja de ser innecesario, pues éste (mucho menos ligado a la institución analítica de lo que lo estaba Reich) está pagando su tentativa freudo-marxista con un achatamiento innegable del pensamiento freudiano (y sobre esto estoy de acuerdo *en el fondo* con las consideraciones teóricas de Laplanche en su artículo de *La Nef*). Quiero decir que hay algo en el psicoanálisis que, confusamente, ha podido aparecer fundamentalmente aliado de la lucha de clases, y esto incluso a través de los malentendidos, las ocultaciones, las ingratitudes... incluso a través del hecho de que el movimiento de mayo partía de una capa intelectual marginalmente burguesa, incluso a través del hecho de que ese recurrir a Freud pasaba por el disfraz mítico del psicoanálisis en la sociedad actual.

Y cómo puede explicarse esto: cuando un «joven patrón» instaure modificaciones de estructura de la empresa para paliar la reivindicación obrera, e incluso si al hacer esto se encuentra metido en

1. Esto parece plantear la hipótesis de que hay una unidad explicativa de la exclusión de Reich y de su delirio: a mi entender, exclusión de la institución y delirio son una misma y única cosa...

derroteros de remiendos de las contradicciones internas del capitalismo, «la cosa marcha» (en el sentido de que continúa produciendo, continúa explotando la fuerza de trabajo de los obreros). Estamos hablando del capitalismo industrial, incluso de un capitalismo fortalecido. En la empresa reformista que afecta al psicoanálisis, de la que ya he hablado, esto no ocurre del mismo modo. El psicoanálisis desaparece en el camino. Quiero decir que a través del proceso se conserva lo esencial de su estructura de clase, pero no puede ya sostenerse como psicoanálisis sino en estado de mito alusivo. Es necesario que, desde la zona más radical del psicoanálisis, algo se muestre incompatible con su utilización política.

Este «algo» se sitúa en el nivel del carácter radical de la interrogación psicoanalítica y de la paradoja que ella representa. Pues en el análisis se trata nada menos que de la posibilidad que tiene el sujeto de desprenderse de la energía que ha cargado y ligado, de acuerdo con ciertos modos contingentes a su historia, y a través de ella a los canales sociopolíticos que esta historia no ha podido por menos que pedir prestados, a fin de conducirla a una libertad de elección y de nueva carga. Pero, paradójicamente, esta libertad es ilusoria, esta elección está políticamente determinada. El análisis está en la institución analítica, la institución analítica está en el sistema. El análisis se detiene en el lugar donde empieza la institución analítica. Ya que la institución analítica escapa al análisis, ¿es posible volverla a situar en su lugar? ¿Qué significado tendría esto?

Significaría sobre todo que la institución analítica podría hablar, ofrecer la palabra, plantear lo

que está en el origen de su habla, a saber: la ideología que transporta a su pesar, el impacto de esta ideología no sólo sobre las condiciones concretas de su práctica, sino también sobre su teoría, sus conceptos, su proyecto. Que podría rehacer e interpretar su historia. Que encontrará recuerdos, por ejemplo, el de haber hablado en algunos momentos de la importancia de la sexualidad en la existencia humana. Pero no como recuerdo racional de haberlo hecho, sino como recuerdo real, es decir con la fuerza «contestataria» que tenían en aquel entonces dichas palabras: afectaban nada menos a la estructura misma de la sociedad en la que se decían. La organización sexual, su realización en la familia, impregnaban la carne misma de la organización económica del sistema, y Engels no se equivocó al respecto. *Esto no es ya fundamentalmente verdadero, por la resistencia misma al análisis.* Ha habido un desplazamiento. Freud, en 1908, podía sostener con razón (cf. mi artículo «Freud y la cuestión socio-política») que la piedra clave de todo el sistema de culturalización de la sexualidad se apoya en el hecho de que la satisfacción sexual genital es al mismo tiempo, al haber puesto la sexualidad al servicio de la función reproductora, inserción en un orden social. Preguntémonos pues, cómo, sin riesgo de una catástrofe, puede introducirse la legalidad de la anticoncepción, aunque el problema no se plantee ya en ese punto; la cuestión de la sexualidad sigue siendo pertinente a nivel del individuo, pero, a nivel de las instituciones, la sexualidad comprendida como organizador del intercambio, como aquello que debe permanecer del orden de lo no-dicho, ya no se sitúa en lugar donde se acostum-

braba a situarla. Hoy el psicoanálisis se ha hecho frívolo, la sexualidad es uno de los temas rentables de Radio Luxemburgo. Hay un desfase fundamental entre el rigor de la interrogación analítica del sujeto, en la cura, y la frivolidad del psicoanálisis en el siglo. La interrogación analítica está ausente de su misma institución, la cuestión está en volverla a integrar en ella. A este nivel lo que va en contra de la libre asociación, contra la emergencia de los vástagos del inconsciente inconstitucional, es la burocracia de las sociedades analíticas. Estas fueron sacudidas por la crisis de mayo de 1962 en Francia: se oyeron discursos que demostraban claramente una necesidad de la palabra y una posibilidad del análisis. ¿Cómo crear en la institución analítica las condiciones necesarias para que esta palabra continúe? Actualmente, ésta es la única cuestión planteada a la institución analítica.

RENÉ LOURAU

EL PSICOANÁLISIS EN LA DIVISIÓN DEL TRABAJO

¿Para qué sirve el análisis? ¿Qué ocurre cuando se instituye el análisis? Responder a la primera pregunta es situarse en una perspectiva funcional: es, como en el caso de la sociología funcionalista en general, suponer o exponer una teoría de las «necesidades» sociales. Responder a la segunda pregunta es situarse en una perspectiva institucional, es decir en el marco de un análisis del sistema de instituciones tal como es observable en un momento dado, sin prejuzgar la «función» que cumplen (o no cumplen) estas instituciones, sin prejuzgar unas «necesidades» con las que deberían corresponderse.

Aquí se dará respuesta a la segunda pregunta.

Para ello, es necesario abordar el problema del análisis en términos de trabajo y de división —técnicamente y social— del trabajo; perspectiva ésta que, por razones que más adelante explicaremos, ha sido hasta ahora raramente utilizada. Incluso el, desde ciertos puntos de vista, destacable estudio que Parsons hace de la profesión médica¹ no

1. TALCOTT PARSONS: *Elementos para una sociología de la acción*.

puede constituir un precedente: su aproximación estructuro-funcional conduce a conclusiones muy interesantes, pero queda limitada por los mismos conceptos que utiliza. Para Parsons, el «sistema de acción» constituido por la profesión médica forma un todo que funciona en el interior del gran todo que es la sociedad tomada a su vez como sistema; este estudio carece, al igual que el conjunto de los trabajos de Parsons, de una teoría sociológica que tenga en cuenta la existencia de ciertas «instituciones» extraordinariamente importantes del «sistema» capitalista o industrial: clases sociales, lucha de clases a veces hipostasiada en «competencia», salario, ganancia, crédito, etc. Por encima de todo, la aproximación estructuro-funcional olvida incluir en el sistema institucional la demarcación fundamental en la que se inscriben las actividades prácticas de los «actores» sociales: la división del trabajo como forma «técnica» de la ideología dominante.

La división del trabajo es una institución. La palabra institución es empleada aquí en su «momento» más universal traduciendo un estado de hecho hasta tal punto antiguo, durable, e interiorizado como necesario, que no necesita formulaciones jurídicas para ser percibido como una situación de derecho. La universalidad de la división del trabajo, en el tiempo y en el espacio, es un hecho. Tanto si se trata de lo que Marx llama la «división fisiológica» del trabajo (o división de las tareas en función del sexo y de la edad), como si se trata de la división técnica o social del trabajo, de la división entre trabajo manual y trabajo intelectual, de la división campo-ciudad, nos encontramos en todos los casos —bajo formas sociales muy diver-

sas— ante un reparto de las tareas que trasciende el sistema económico (primitivo, feudal, pre-capitalista, capitalista, socialista) y el grado de civilización (recogida de frutos, caza-pesca, agricultura, industria, etc.). Entre las formas sociales más estables en el interior de la división del trabajo como forma universal de las relaciones entre el hombre y la naturaleza, se distinguen ciertas divisiones que *parecen* estar al margen de determinaciones económicas e históricas: estas formas se refieren principalmente a *la división del trabajo educativo y a la división del trabajo terapéutico* (ligada estrechamente a la división fisiológica del trabajo, ya que la edad desempeña un papel esencial); *la división del trabajo sexual* (en el acto sexual y en general en las relaciones instituidas como eróticas); *la división del «trabajo del sueño»** (es decir, tal como veremos, el reparto simbólico de las instancias parentales en la *elaboración* que el inconsciente efectúa en nosotros de manera ininterrumpida).

En la zona groseramente delimitada por estas formas universales de la división del trabajo es donde se inscribe la profesión instituida de analista (psicoanalista). Se halla al lado de otras profesiones o papeles orientados, de manera similar, hacia un «tratamiento» sintético de los tres tipos de «trabajo» que se acaban de enumerar.

Es necesario precisar ahora que el análisis como

* El concepto “travail du rêve” se corresponde en castellano con el de “elaboración onírica” o, simplemente, “elaboración”, aunque en ocasiones se ha traducido también literalmente “trabajo del sueño”. En este artículo conservamos en algunos casos la traducción literal —“*trabajo del sueño*”— para no violentar la referencia directa al núcleo central del contexto: la división del *trabajo*.

oficio instituido pone de relieve otro aspecto del concepto de división del trabajo. Efectivamente, el *oficio* de analista no es un tipo de actividad extendido universalmente en el tiempo y en el espacio; se inscribe pues, como todos los oficios particulares, en el momento de la particularidad del concepto de división del trabajo, bajo la rúbrica de «especialidades» en ciencias humanas. Por último, el tercer momento del concepto, el momento de la singularidad, o síntesis de los otros dos momentos, corresponde a lo que existe de «especial» en la especialidad, de «particular» en el oficio particular; singular significa único, o al menos original, específico (teórica y no empíricamente). Ahora bien, la hipótesis que se presenta aquí, y cuya verificación vamos a intentar a propósito del oficio de analista, es la de que la forma singular de todo oficio no reside en su ligazón a una «necesidad» singular y aislable de la sociedad (hipótesis funcionalista que desprecia la explicación de las condiciones sociales, de aparición y desaparición de tal o cual «necesidad»), sino en su articulación con un *sistema de parentesco simbólico* que rige, a un determinado nivel (no exclusivo de los niveles económico, político, institucional), la demanda social referida a la división del trabajo. Precisemos. La existencia de un sistema de parentesco simbólico a nivel de lo imaginario social viene sugerida en la ideología corriente y en el lenguaje por numerosas alusiones referidas al «espíritu» de cada categoría socio-profesional. La fórmula-clave es la de que, para ejercer ciertos oficios, «es necesario amarlos», mientras que otros oficios (más bien medios de ganarse el pan) están privados aparentemente de todo soporte libidino-

so, o exigen una débil carga libidinosa. El comerciante, el oficinista, el cuadro medio, el industrial, el proletario, el técnico, el magistrado, el profesor, el médico, etc., ocupan en lo imaginario social lugares relativamente estandarizados en función de las relaciones instituidas entre cada uno de ellos y su «clientela» real o potencial. Padres, madres, tíos, hermanos, etc... simbólicos: su lugar en el sistema de parentesco simbólico depende a la vez de su función oficial, de su status social, de su inscripción en el sistema institucional de la economía (asalariado, etc...); por ejemplo, profesiones como la enseñanza se refieren cada vez más a la imagen del maternaje, aunque oficialmente la imagen profesional se refiera a la figura del padre y aunque en la práctica la pedofilia constitutiva de la «vocación» de profesor actualice la imagen del maestro-camarada o hermano. La profesión de animador de organizaciones juveniles, culturales o de educación en el tiempo libre, está fuertemente marcada por la imagen del tío, semi-autoritario, semi-permisivo. Organizador, pero «Gentil Organizador», como se dice en el Club Mediterrané.

I. El psicoanálisis en la división del trabajo.

Se estudiará aquí la situación institucional del psicoanalista. La de psicólogo o psicólogo de grupos y la de sociólogo de las instituciones o socioanalistas (para éste el campo de intervención puede ser uno o varios grupos, pero su campo de análisis es siempre la institución) serán estudiadas más tarde.

El psicoanalista, en tanto que ejerce una activi-

dad con fines universales, se inscribe en la división del trabajo terapéutico: la particularidad de su oficio es la de ser o bien una especialidad de la medicina, o bien una especialidad de la psicología clínica. Su singularidad reside en el encuentro frecuente y regular del analista y de un cliente; este encuentro no es el frente a frente terapéutico o el «acercamiento» clínico del médico, sino una guía, una quasi ortopedia, una «pedagogía» en el sentido primitivo del término². La técnica del diván y de la asociación libre no expresa más que aproximadamente la naturaleza del trabajo analítico. No dice gran cosa sobre la división de este trabajo entre los dos protagonistas del análisis; para aprehender, incluso muy superficialmente, la singularidad de esta especialidad terapéutica que es el psicoanálisis, es necesario, aquí al igual que en educación, incluir claramente el tercer término de la estructura propuesta. Este tercer término no es sino el saber-no-saber implicado en el discurso analítico.

Saber-no-saber: esta expresión aproximativa designa aquí la resultante de la palabra del analizado y de la palabra del analista, dejando bien sentido que este intercambio no es más que el acompañamiento de las grandes zonas de *vacío* semántico que constituyen el verdadero objeto (o la aventura) del intercambio. Vacíos en la palabra del analizado y en la palabra del analista: las expresiones

2. El pedagogo era, en la Antigüedad, no aquél que transmitía conocimientos y los juzgaba sino la persona (esclava) que hacía de soporte a las transferencias del niño que tenía a su cargo. División del trabajo ciertamente olvidada. Las dos funciones, reunidas en una misma persona, caracterizan al “pedagogo” moderno.

verbales que los acompañan como un fino encaje no son más que «conectores» de un discurso en construcción, de un trabajo en curso, que consiste en el esfuerzo por superponer los vacíos semánticos de los «deuteregonistes». Cambio, juego, trabajo, lucha: el discurso analítico es todo eso, lo cual significa que es todo lo contrario de un discurso completamente acabado, que estuviera construido a partir de una clave y de un sistema de referencia conocidos por el emisor y el receptor (precisamente porque ninguno de los dos puede ser identificado ni como emisor, ni como receptor). La naturaleza singular de este discurso expresa la naturaleza de la división del trabajo analítico. *División del trabajo terapéutico*: mientras que las otras prácticas terapéuticas ponen en juego, entre el médico y el cliente, un saber acumulativo o quasi-acumulativo, contenido en libros, técnicas y productos curativos, la práctica psicoanalítica no hace más que poner en presencia al analista y al analizado. Ciertamente, los conocimientos y la formación del analista están presentes para «garantizar» la posibilidad de un diagnóstico y de una cura. Pero se trata de un cuerpo de conocimientos sobre el que las diversas escuelas analíticas no están de acuerdo³, y se trata, sobre todo, de un saber que

3. No existe un cuerpo de conocimientos indispensables para el analista: ¿será neurólogo, psiquiatra?, ¿neuro-psiquiatra tal vez? En el caso de que no sea más que psiquiatra (puesto que las dos especialidades han sido separadas por decreto) su calificación analítica ¿vendrá del hecho de que posee también el saber de un psicólogo clínico? ¿Y si no es ni neuro-psiquiatra, ni psiquiatra, ni médico general? En este caso “se considerará válida para calificar al candidato (psicoanalista) toda experiencia de trabajo en la investigación etnológica o sociológica o en

jamás viene dado *previamente* al trabajo analítico, sino que es producido por y en el trabajo analítico, gracias a la colaboración del analista y del analizado. El único útil mediador (útil en tanto que elemento material) entre el analista y su cliente es el lenguaje —«el lenguaje es el material operatorio del analista». El analista —y el analizado llega a serlo durante la marcha— es un lingüista que aplica un análisis lingüístico no sobre el documento, sobre el papel, sino *in vivo*, sobre la palabra o mejor aún sobre la palabra abstraída. El psicoanálisis es una logomancia. La modificación que sufren las relaciones analista-analizado, en función de este desplazamiento del uno y del otro frente a la institución de la lengua, permite comprender la importancia de la división del trabajo sexual y de la división del trabajo del sueño en el análisis. *División del trabajo sexual*: siendo inseparable de la «relación» pagador-pagado (relación que representa una división fundamental en lo que se refiere a las relaciones que mantienen el que paga y el pagado en el sistema de producción en general y en el sistema de producción del análisis en particular), la división del trabajo sexual se dibuja en el análisis a partir de la ausencia instituida del acto (sexual). El vacío así creado se llena mediante la fantasía. El trabajo sexual es sustituido por *la elaboración* (trabajo) *del sueño*: la producción de un continuo onírico reemplaza la producción de un continuo erótico corporal. Intentemos pre-

la *praxis* institucional jurídica o pedagógica, ver psicotécnica” (“Reglamento y Doctrina de la Comisión de Enseñanza delegada por la Sociedad Psicoanalítica de París”, art. IV, pág. 432, *Revue Française de Psychanalyse*, n.º 3, jul.-sept. 1949).

cisar estas operaciones utilizando el modelo de funciones lingüísticas de Jakobson⁴. En la relación analista-analizado, el trabajo sobre el lenguaje se divide tal como sigue: el analizado, según la «regla» del análisis, asocia «libremente». Su regla es «decirlo todo». La función del lenguaje que se destaca así es la *función poética* (mensaje centrado sobre el mensaje). Añadamos, con Jakobson, que esta fórmula nace de la proyección del principio de equivalencia del eje paradigmático del lenguaje sobre el eje sintagmático, el eje de la combinación, de la asociación. El cliente no selecciona: como mínimo, se le pide que seleccione lo menos posible. De ahí la importancia de los sueños en la teoría y en la práctica freudianas (importancia que, por otra parte, no debe sobrestimarse, como lo demuestra *La interpretación de los sueños*: el historial de los analizados comprende también y en primer lugar la exposición biográfoclinica de la vida del cliente; luego la exposición de sueños; después la referencia, muy sucinta, y sin duda muy incompleta, de algunos episodios de la cura; por último una transcripción del análisis, es decir la traducción, en el espacio circunscrito por el papel, de lo acaecido en el espíritu de Freud a lo largo de la cura). El trabajo del analista sobre el lenguaje (las expresiones verbales y sobre todo los lapsus, «olvidos» del analizado, y sus propias formulaciones lingüísticas) es aparentemente una manera de destacar la *función metalingüística* (mensaje centrado sobre la clave). El análisis traduce los mensajes verbales y no-verbales (pero

4. ROMAN JAKOBSON: *Essais de linguistique générale*, Editions de Minuit, Coll. Arguments, 1963.

siempre lingüísticos) del cliente. Pero el analista tan sólo aparentemente está situado en este lugar del lenguaje que define la función metalingüística. Si estuviera únicamente en este lugar significaría que en todo momento, y desde el principio de la cura, estaría en condiciones de clarificar la significación latente de las expresiones manifiestas del cliente, al igual que, en general, un médico es capaz de diagnosticar la afectación del enfermo. Ahora bien, si el análisis se basa en una duración indeterminada (que puede variar según el analista y según la época y el país), es fundamentalmente porque el trabajo de clarificación no puede ser limitado en el tiempo en función de una estimación racional, de un diagnóstico puntual. La clarificación analítica es en realidad un desciframiento: traducción de mensajes cuya clave se desconoce; una clave que está contenida en los mensajes y que no es descubierta por el psicoanalista como «sabio» o «especialista» sino a través de un trabajo común del analista y del analizado. El analista destaca pues la función metalingüística caracterizada por la pre-eminencia de la función poética y se sitúa simultáneamente en el lugar del analizado. El analista efectúa su trabajo de interpretación asociando y seleccionando alternativa y simultáneamente. Esto implica ciertas consecuencias. El sistema de parentesco simbólico en el que el psicoanalista se inscribe por su trabajo de interpretación, comprende, indudablemente, instancias que no tienen su correspondencia «real». Tal como algunos psicoanalistas han señalado, parece que cada vez más la figura del padre y la de la madre tienden a confundirse en lo imaginario social. La «rebelión contra el padre» se acompaña

de un progreso del matriarcado, sin que pueda afirmarse que la madre «reemplaza» al padre. Es una tercera figura, en realidad, la que surge, todavía vagamente, de la fusión y confusión de las dos primeras. Hablar de padre permisivo o madre castradora no aclara gran cosa. Se trata de una instancia a la que se rechaza en el momento en que se le exige todo; de una figura mítica a la que se hace responsable de todo el mal al mismo tiempo que se convierte en juez del bien y del mal, a semejanza de la Madre de las Inmundicias, diosa azteca, inscrita en la larga lista de poderes técnicos que presiden también la tragedia de Edipo. La hipótesis que aquí se plantea es la de que el oficio de psicoanalista introduce en el sistema de parentesco simbólico del cliente (y en primer lugar del analista, sin hablar de todo el estrato social embebido de psicoanálisis) una alteración que consiste en sustituir la oposición distintiva padre/madre por una instancia sincrética que no se desdobra más que con el análisis «satisfactorio» de la transferencia y contratransferencia. Si esta hipótesis tiene algún valor, se deducirá que es el sistema social mismo (en tanto que incluye también una instancia imaginaria, sin la que no habría relación social, convención tácita para vivir juntos, para aceptar la sociedad) quien es «alterado» por la institución del análisis. Naturalmente que no pretendemos mantener, siguiendo a los adversarios encarnizados del psicoanálisis, que en esta empresa haya algo de «demoníaco» o de «oscurantismo alemán». Sólo sugerimos que el sistema de referencia del psicoanálisis tiende a crear una cierta imagen de la sociedad, del contacto social, de las relaciones sociales y que esta imagen, en relación con el

uso que de ella hace el analista al intervenir en la situación libidinosa y social del cliente, no es insignificante.

La noción de sistema de referencia no llega hasta aquí por casualidad. Tal noción nos permitirá, tras las explicaciones preliminares destinadas a esclarecer el trabajo analítico, proponer la «sociología» del psicoanálisis. Efectivamente, por sistema de referencia ya no se entiende, a partir de ahora, el conjunto de conceptos psicoanalíticos, sino el conjunto de conceptos no-psicoanalíticos que pueden articularse con la teoría analítica, en tanto que esta última da lugar a una práctica social. La práctica social como tal no es analizable mediante conceptos psicoanalíticos —o con ellos como único medio— aunque Freud, y tras él muchos psicoanalistas imprudentes, se hayan tomado la libertad de explicar la sociedad, la civilización, la religión y otros hechos sociales...

II. *El sistema de referencia institucional*

Los primeros conceptos que, teórica y empíricamente, se articulan con los conceptos psicoanalíticos son los del lenguaje, el sexo y el dinero. Dicho de otra manera, la institución del análisis es inseparable de las instituciones de la lengua, de la prohibición del incesto y de la moneda.

¿Cómo han concebido estas tres instituciones universales Freud y sus sucesores? Por lo que respecta a la citada en primer lugar, ya se conoce la importancia que se le atribuye al discurso del cliente (regla de la asociación libre) y al discurso del analista (análisis de la transferencia y de la con-

tratransferencia). Pero no se ha destacado suficientemente hasta qué punto se pone el acento sobre la *institución de la lengua* en el sentido saussuriano: la lengua como bien común, a disposición de todos los locutores. De hecho, este «bien común», al igual que otros «bienes comunes», está desigualmente repartido según los individuos y según las clases sociales. La institución del psicoanálisis se sitúa en un cierto nivel de apropiación de la cultura, el nivel superior. Y esto como consecuencia de la demanda social que sobre él se ejerce desde sus orígenes y del lugar que esta zona del trabajo terapéutico ocupa en la escala cultural. No es en vano el que en el texto, ya citado, elaborado por la comisión de enseñanza de la Sociedad Psicoanalítica de París, se declare: «en el candidato se buscará menos una información enciclopédica que ese fértil núcleo de saber que se designa acertadamente con el término de humanidades» (*Revue Française de Psychanalyse* 1949, n.º 3, página 431). Una prescripción tal es al mismo tiempo una confesión: es para la élite social que es la ideología dominante —que comparte con el analista los valores de este «núcleo fértil»— para quien trabaja el psicoanalista. Aquellos para los que la cultura no es más que un medio estéril, o dicho de otra manera, aquellos que no tienen acceso a la cultura superior, no pueden acceder tan fácilmente al saber del análisis por mediación de la cultura humanista. La función social del psicoanálisis queda así claramente expresada.

En lo que se refiere a la *institución de la prohibición del incesto* sabemos, por otra parte, que Freud le ha dedicado meditaciones e investigaciones filosófico-etnológicas, transformando la clíni-

ca en una especie de «socioanálisis» —en el sentido de Amar— o de socio-psicoanálisis —en el sentido de Mendel⁵. ¿En qué sentido se articula con la institución del psicoanálisis esta institución de la prohibición del incesto? En el sentido de que todo el trabajo analítico está dirigido a «colocar en su sitio» al deseo con referencia a las instituciones. Si las vicisitudes del complejo de Edipo constituyen fundamentalmente el campo de la clarificación analítica, está claro que la prohibición que pesa sobre el incesto (cualquier que sea el «contenido» de lo prohibido según la época y el medio) es la que hace válida la intervención del analista. Lo dicho sobre el plano teórico no excluye una definición de la «validez» y «legitimidad» de tal intervención basada en criterios empíricos externos (la demanda social). Tal como señala Laplanche (*Le Monde*, 8-marzo-69, «Instinto y sociedad») el concepto de *supresión*, si bien no está ausente de la teoría y práctica psicoanalíticas, «se sitúa, por decirlo así, en las fronteras de nuestro dominio».

En cuanto a la *institución del dinero*, está en apariencia menos directamente ligada al sistema de referencia analítico que las dos instituciones precedentes. Se pueden imaginar, y las instituciones públicas tienden a realizarlas, curas psicoanalíticas gratuitas o casi gratuitas (reembolsadas por la Seguridad Social). Sin embargo, la importancia del dinero en la relación analista-analizado no cesa de aparecer. Una cura gratuita es, para muchos psicoanalistas, impensable. Aunque desde

5. ANDRE AMAR: "Introduction à la socio-analyse", *Revue Française de Psychanalyse*, n.º 2, 1950.

GERARD MENDEL: *La révolte contre le père. Une introduction à la socio-psychanalyse*, Payot, 1968.

hace tiempo se venga ridiculizando la susodicha prohibición, hecha al analizado, de tener relaciones sexuales durante la cura, se da uno cuenta que la prescripción y la constricción se ejercen en realidad a nivel de la relación que el analizado mantiene con el dinero, es decir con el trabajo que le permite pagar su análisis. Si hay sacrificio, es fundamentalmente un sacrificio económico. En ciertos casos, y teniendo en cuenta el estrato social del que procede la clientela, es una exageración hablar de sacrificio. Probablemente donde pesa la constricción es entre los que siguen un psicoanálisis didáctico: jóvenes médicos o estudiantes de medicina no situados; psicólogos deseosos de encontrar, gracias al estatus de analista, una promoción económica y social.

El problema de las tarifas también está en la frontera entre lo deontológico y lo económico. El psicoanalista, comparable en este aspecto al resto de especialistas médicos, ofrece la imagen de un gran financiero. Si bien esta imagen es bastante positiva entre el gran público, es sin embargo ambivalente entre la clientela real o potencial. Y es que el gran público se imagina cada sesión como una consulta seguida de diagnóstico, mientras que la clientela real o potencial, con más o menos exacta información sobre los psicoanalistas más conocidos, está mejor situada para hacerse cargo del carácter muy simbólico en ocasiones de la prestación ofrecida por el analista.

La posición del psicoanalista, ligada estrechamente a la cuestión de la remuneración, connota también lo simbólico y lo real social. Cualquiera que sean los símbolos proyectados por, digámoslo así, el apartamento del analista y su modo de vida,

es necesario hacer las dos consideraciones: por una parte su posición tiene todas las apariencias de la de otras profesiones, cuyo prestigio social se materializa por la apropiación y exhibición del confort burgués; por otra parte, este parecido, que puede llegar hasta la coincidencia en las apariencias materiales, sugiere que la función simbólica cumplida por dichas apariencias es sensiblemente la misma en el psicoanalista y, admitámoslo, en un burgués acomodado. Función de reaseguro institucional: ¿se pondría el cliente, voluntariamente, en manos de un técnico que le recibiera en un apartamento cualquiera, un apartamento que no reprodujese la separación entre un sector «público» y un sector «privado», marcado y delimitado, espacio de la vida privada del psicoanalista, espacio de su deseo?

Función de dominación social: los símbolos relativamente estandarizados del confort burgués, la disposición de un espacio considerable, la afirmación del gusto materializado en la elección de muebles y objetos, hablan en menor medida de una inteligente deontología que de una situación social y de un estilo de vida marcados por el dinero⁶.

Lo simbólico, lo imaginario, lo real juegan aquí a un juego que el psicoanalista no es capaz, probablemente, de «estropear». El confort burgués simboliza la posesión de un conocimiento sobre el deseo, pero también la pertenencia real a la burguesía; pone de manifiesto la institución del análisis, pero también la referencia (y la reverencia) a las otras instituciones.

6. Ver JEAN BAUDRILLARD: "La morale des objets. Fonction-signe et logique de classe". *Communications*, n.º 13, 1969.

De este modo, las tres instituciones a las que nos hemos referido —la lengua, la prohibición del incesto y el dinero— se sitúan a la vez, en el sistema de referencia psicoanalítico, como instancias simbólicas y como objetos reales. Lo imaginario del cliente, sus sueños, sus asociaciones, su transferencia sobre el analista, son el lugar donde se encuentran lo real y lo simbólico. Pero, para el análisis, el sistema institucional así constituido no es objeto de conocimiento. Tal sistema comprende por un lado los conceptos teóricos del psicoanálisis, por otro los conceptos operatorios del lenguaje, de la sexualidad y del dinero; por último, comprende también los conceptos puramente ciegos, o ausentes, que corresponden a las instituciones en general. A estas instituciones, que van desde el salario y la ganancia a la jerarquía y el Estado, pasando por muchas otras, el analista no ofrece más que una atención extremadamente «flotante». De hecho, en la medida en que interioriza incluso las constricciones del orden instituido, asimilándolas al principio de realidad, el analista incluye en su análisis de la contratransferencia un enorme punto ciego e induce en su trabajo toda una «normalidad», toda una «racionalidad» y toda una «realidad» que, como por otra parte sabemos, no tienen nada de esencias ni de momentos neutrales. A este nivel es cuando precisamente se invoca el problema insoluble (?) de las relaciones entre psicología y sociología, entre «personalidad» y «sociedad»; cuando se puede evocar la polémica Tarde-Durkheim; la polémica Freud-Malinowski; la «recuperación» culturalista; el freudo-marxismo; la condena del psicoanálisis —y de la sociología— por parte del Partido Comunista; la microsociología;

los esfuerzos de Parsons, loables pero frecuentemente oscurantistas, por articular los cuadros de referencia psicoanalítico y sociológico; los escritos de Roheim o de Bastide sobre psicoanálisis y sociología (o antropología); la consideración de Lévi-Strauss sobre el «misterio» que entraña la aplicación de los conceptos psicopatológicos a la etnología, etc. Las tesis de Mauss sobre «las técnicas del cuerpo», la obra de Schilder sobre «el esquema corporal», las investigaciones de Winnicott sobre «el objeto transicional», contienen también ideas estimulantes. Y el rizo se riza cuando con Jean-Marie Brohm (*Partisans* n.º especial sobre el deporte, 1968) se demuestra que «el cuerpo es una institución». Al iniciarse el rizo, la sociología organicista afirmaba que la sociedad era un gran cuerpo.

III. *Implicaciones teóricas y prácticas*

Por nuestra parte contentémonos con destacar la articulación entre conceptos teóricos, conceptos operatorios y conceptos ciegos, articulación que aclara la inscripción de la institución analítica en el sistema institucional global. Surgirán, al mismo tiempo, implicaciones teóricas y prácticas del trabajo analítico.

Los conceptos teóricos del freudismo presentan la ventaja de situarse de manera homogénea (si no coherente) en el plano de lo simbólico, o si se quiere, de la «vida interior» como lugar de manifestación de una instancia primordial: el deseo. Se desprecia, en ellos, la distinción arbitraria entre «representaciones mentales» y «representaciones

colectivas», excepto en las obras «filosóficas» o de «psicoanálisis aplicado». Freud, en su clarificación nietapsicológica (*Más allá del principio del placer*), opone claramente las «excitaciones procedentes del mundo exterior» y las «sensaciones de placer o displacer que no pueden provenir más que del interior del aparato psíquico». Las sucesivas tópicas propuestas por Freud articulan siempre conceptos cuyo conjunto no constituye un objeto real, sino un objeto de conocimiento.

Ahora bien, el sistema de referencia psicoanalítico, como todo sistema de referencia riguroso, habla tanto por lo que excluye como por lo que contiene. Tiende a instituir, como soporte de una actividad inscrita en la división del trabajo, el olvido de las condiciones históricas (materiales, sociales) que han estado presentes en su origen y aseguran su mantenimiento. Toda creación, toda fundamentación de un nuevo sistema intelectual y/o social, supone una ruptura epistemológica en relación con el saber tal como era hasta entonces acumulado y dividido. Una nueva división y un nuevo proceso de acumulación. Y también modalidades específicas de «parentesco» con los sistemas vecinos o concurrentes.

La institución del psicoanálisis ha exigido un desciframiento nuevo del saber, en función de una demanda social ya existente o en vías de constitución. En la época de Freud, esta demanda era satisfecha a la vez por el biologismo (medicina del cerebro, neurología) y por la teoría de la hipnosis al servicio de la sugestión. Distanciándose de Brücke y de Meynert (especialistas en anatomía cerebral y primeros «maestros» de Freud) y luego de Charcot, Bernheim y Breuer (teóricos y prácticos

de la sugestión, del «método catártico») Freud crea el campo teórico del psicoanálisis. Pero reducir la institución de este nuevo campo del saber y de la práctica terapéutica a una operación epistemológica sería idealismo puro. Basta leer las confidencias del mismo fundador para darse cuenta de hasta qué punto consideraciones relacionadas con las instituciones (instituciones de la medicina, de la Universidad, del dinero) fueron determinantes en la investigación y el trabajo freudianos.

La dificultosa búsqueda del prestigio social, del poder en las instituciones culturales y en la sociedad vienesa, así como los problemas económicos que se le imponen a un médico, aparecen continuamente a lo largo de la *Autobiografía*.

He aquí algunos ejemplos entre los que se destacan en la primera parte de la exposición que Freud hace de su carrera científica.

En lo que se refiere a la búsqueda de una posición (lo que implica, al menos en parte, la búsqueda de una economía acomodada) él espera ocupar un puesto de asistente, gracias al apoyo de Brücke. Después, el viaje a París, motivado por el trabajo de Charcot, está dirigido de antemano a la adquisición de un grado de «dozent». El «profesorado prematuro» del joven Freud acaba al ser «contestada» por los auditores una de sus lecciones. Pero es nombrado «dozent» y recibe, gracias a su protector Brücke, una «beca bastante elevada» para ir a la Salpêtrière. Al regreso de Francia, Freud se casa. Antes de su matrimonio piensa que su carrera ha sido comprometida por culpa de su novia, que no le ha dejado el tiempo necesario para acabar sus investigaciones sobre la co-

caína: «Por culpa de mi prometida no llegué a ser célebre en esos años de juventud», dirá más tarde. Y confiesa cándidamente: «Sin embargo, pò le he guardado rencor por la ocasión perdida entonces».

«La ocasión perdida»: La fórmula exhala un perfume de arrivismo tal que sólo una gran ingenuidad, un idealismo epistemológico ciego, podrían calificarla de insólita.

En sus comienzos como médico casado, especialista en enfermedades nerviosas, Freud es rechazado por las figuras de la medicina vienesa. No se le presta confianza alguna, se le cierra el laboratorio de anatomía cerebral. De pronto, Freud boicotea, y ya no lo volverá a hacer nunca, la Sociedad de Médicos de Viena: perdiendo «la fe en las autoridades» acepta ser un marginado. Pero un marginado cargado de familia y deseoso de asegurarse una posición de médico (lo que puede parecer contradictorio con su decisión de ruptura frente a la institución médica). Quiere «vivir del tratamiento de los enfermos nerviosos». Ahora bien, utiliza en este momento, y así lo dice con un cinismo que se puede considerar humorístico, la electroterapia y la hipnosis no por razones científicas sino porque «el ingreso en un establecimiento hidroterápico luego de un única consulta no era una fuente auténticamente suficiente de ingresos».

Esta situación material e institucional lleva a Freud a proseguir sus investigaciones sobre la hipnosis, intentando, con o sin Breuer, superar el uso habitual de la misma. ¿Que los médicos del cerebro lo desdennan?, poco importa. La terapia de las enfermedades nerviosas orgánicas no está en defi-

nitiva muy bien pagada (en el sentido más material del término). Hay un «escaso número de enfermos», mientras que por otra parte se ofrece el «número extraordinario de neuróticos», una enorme clientela para conquistar, una demanda social extraordinariamente grande en este final de siglo lleno de olores de decadencia, de languideces burguesas que subliman, en la melancolía o en la manía, las contradicciones del sistema y del estilo de vida capitalistas. Clientela ésta para la que la medicina orgánica no está preparada (ideológicamente, si no científicamente). Clientela socialmente marcada: la buena burguesía abandona la obsesión del cuerpo como mecánica en perpetuo cambio a las clases desfavorecidas; abandona a ellas, igualmente, su farmacopea más o menos empírica y anómica. Abandona a las clases medias la obsesión de los órganos aislados, susceptibles de convertirse en autónomos y ser tratados por especialistas de tal o cual órgano (lo que constituye un lujo en comparación con la medicina del cuerpo como máquina; pagando más caro al especialista que al médico general, el burgués medio, o el aspirante a serlo, compra un poco de su posición social). El tratamiento de las enfermedades nerviosas por métodos psicoterápicos (hipnosis, sugestión sin hipnosis, etc.) presenta la ventaja, esencial para la clase dominante, de instituir relaciones a distancia entre el médico y el enfermo. *Noli me tangere*: no me toquéis pero curadme. Mejor aún: curadme precisamente no tocándome, parece decirle la bella clientela al hipnotizador-taumaturgo (la expresión es de Freud). No toméis ya más como objeto de vuestra clínica mi cuerpo o uno de sus órganos más o menos noble; tomad

como objeto mis fantasías, mi bello lenguaje (o mi lenguaje deshecho), mi imagen del cuerpo.

Al mismo tiempo, ya no se espera el efecto de la farmacopea —como en el nivel humilde de la clientela del médico general— o, pongamos por caso, de la dietética —como en el nivel de la burguesía media— sino de la palabra del médico. El remedio, en esta homeopatía que se instituye con el psicoanálisis, es de la misma «naturaleza» que el «mal» o al menos que el síntoma. El cliente habla y el médico habla: como entre gentes del mundo, del mismo mundo, la cura puede entonces inscribirse en el estilo de vida de la alta burguesía (comprendiendo en ella la capa de intelectuales, perteneciente a la clase media, pero socialmente en contacto con la alta burguesía). La mezquindad, como la llama Hegel, de la vida cotidiana, de la jornada, es corregida así por el ritmo de las sesiones con el taumaturgo. Y a poco que el analista o el cliente sean junguianos, se podrán alternar las sesiones (o el período) analítico con unas sesiones o un período de ocultismo.

La clientela del taumaturgo-hipnotizador no se crea sólo por oposiciones distintivas sobre un plano sincrónico (en relación a las otras ofertas que constituyen las diversas tareas de la medicina). Se crea también en el curso de un proceso que no únicamente pone en tela de juicio a la historia de la medicina (*El nacimiento de la clínica* y *La historia de la locura* reveladas por M. Foucault constituyen dos fragmentos de esta historia de la medicina). Para comprender las interacciones entre el desarrollo de todas las instituciones solidarias —y contradictorias— del sistema, es imprescindible acudir a la historia social, la historia de

las instituciones y de los movimientos sociales que tienen como finalidad, o como consecuencia, modificar el sistema institucional (del cual forma parte la medicina y sus diversas ramas). Este trabajo es demasiado vasto para ser efectuado aquí. Muchos trabajos históricos y sociológicos ofrecen material de una historia institucional de la medicina, fundamento indispensable de un análisis institucional de la medicina y del psicoanálisis. Contentémonos con indicar una de estas interacciones. Tal interacción se refiere a las relaciones entre la historia del arte (especialmente la de la literatura) y la de la medicina; más exactamente: las relaciones entre la «psicología social» contenida en la estética y en las obras literarias, por una parte, y, por otra, la «higiene social» contenida en las teorías y prácticas médicas que desembocan en la clínica psicoanalítica⁷.

Los romanticismos alemán e inglés adelantan e inspiran, en la explotación del tema, al romanticismo francés. Sin embargo, es en 1796 con el *Essai sur les révolutions* de Chateaubriand, y 1800, con *De la littérature dans ses rapports avec les institutions* etc... de Madame de Staël, cuando aparece en Francia un análisis institucional socio-histórico de la melancolía.

Mientras que la revolución de 1830 lleva a los grandes románticos franceses a interesarse por lo

7. “Psicología social” es tomada aquí en el sentido que le da Plejanov (modo en que las relaciones de producción, la pertenencia y la lucha de clase determinan las conductas, las mentalidades). “Higiene social” es tomada en el sentido que le da Saint-Simon y sus sucesores positivistas (conjunto de regulaciones, instituidas o no como tales, que el “gran cuerpo social” produce para eliminar sus “enfermedades”).

«social» y ya no únicamente por sus estados de ánimo, el fracaso de la revolución de 1848 origina una nueva forma de enfermedad social (bajo sus formulaciones metafísicas): el hastío. Baudelaire, Flaubert, Lecomte de Lisle, Huysmans están entre los defensores e ilustradores de esta estética del abandono. Al aparecer *Fleurs du Mal*, el crítico de *Figaro* dirá: «este libro es un hospital». El tribunal que juzga *Les Fleurs du Mal* y *Madame Bovary* reprocha a los dos autores el representar o sugerir elementos de la realidad que valdría más mantener en la institución burguesa de la «vida privada» en lugar de llevarlos a la institución literaria. Pero hacia final del siglo el tema del hastío, de las *neurosis* invade la poesía y la novela. La literatura tomando por objeto la desviación, la enfermedad, la locura, permite, a una capa social, sublimar las perturbadoras contradicciones del sistema capitalista. A veces, es la técnica de la escritura, léase el autor mismo, quien sirve de base a esta sublimación. Escritura destruida hasta los últimos refinamientos, poeta loco: es ahí donde debía conducir la teoría de la inspiración, la del *genio* que sabe, a partir de este momento, hasta qué punto está ligado el desarrollo del capitalismo. A este respecto, puede decirse que la hipnosis, la sugestión, el método catártico y, por último, el psicoanálisis se inscriben en el itinerario estético de la burguesía, itinerario que se cierra provisionalmente a beneficio de la clínica. Provisionalmente, ya que veinte años más tarde el psicoanálisis será a su vez «recuperado» y desviado por la estética surrealista, antes de serlo por la literatura y el arte de masas y en general por los *mass media*. Por mucho que haya sido rechazado, combatido,

despreciado, teóricamente condenado por diversos aparatos estatales, ideológicos y religiosos, Freud no ha conocido el equivalente del proceso Flaubert o del proceso Baudelaire. Las profundidades de la psicología novelesca y las audacias de las trasgresiones poéticas están, a partir de ahora, integradas en la teoría del análisis y en aquella otra —menos explícita— del *paso a la actuación**...

IV. *La práctica social*

Podemos volver, con el fin de ampliarlo, al problema del sistema de referencia del psicoanálisis. Vimos cómo el sistema de referencia teórico, tal como puede estar recogido en un *Vocabulaire de la psychanalyse* (Laplanche et Pontalis, P.U.F., 1967), se articula en realidad, de manera semi-teórica, semi-«operatoria» (empírica e ideológica bajo la apariencia de «técnica»), con una zona del sistema de referencia no-psicoanalítico que comprende las instituciones de la lengua, del dinero y de la prohibición del incesto. Y, más allá de estos conceptos que quedan en la penumbra teórica del análisis, aparecen otros muchos que designan instituciones del sistema social con las que el analizado, al igual que el analista y a veces más que el analista (como ocurre por ejemplo con respecto a la institución del salario), tiene una activa relación.

Por otra parte, el terreno propio del psicoanálisis es también una institución en el sentido morfológico del término (en el sentido de formación social delimitada corporativamente y localizada

* Ver la nota de la página 71.

exactamente en el espacio). Es el caso de la institución psiquiátrica. De manera curiosa, el psicoanálisis aplicado, que se ha empleado para «psicoanalizar» el ejército, la iglesia, la religión, la civilización, la historia, las instituciones primitivas, e incluso las multitudes y los clubs revolucionarios, hizo caso omiso de la institución psiquiátrica hasta que unos psiquiatras, hacia los años 40, descubren que *el hospital es un libro*.

El nacimiento y desarrollo de la psicoterapia institucional no han de recordarse aquí. Señalemos solamente que la institución aparece como entorno, como lugar de socialización y, en fin, como instancia simbólica, apoyatura de fantasías, de transferencias y contratransferencias. Las instituciones de la lengua, del dinero y de la prohibición del incesto, interfiriéndose sin cesar entre ellas y con la institución hospital, penetran así en el campo analítico saliendo de la penumbra teórica en que las mantenía el psicoanálisis de despacho.

Junto a la institución del dinero, la institución del salario aparece como uno de los soportes menos despreciables de la cura. La experiencia de los psiquiatras, así como a veces sus referencias freudo-marxistas, ha tenido gran importancia en la toma de conciencia respecto de la naturaleza «patológica» del salario en el conjunto de nuestras sociedades. Se da uno cuenta que es la institución la que es necesario «tratar»... con el fin de suprimir la idea misma de «peculio», real o simbólico, que el sistema económico otorga a sus agentes.

Con la institución de la prohibición del incesto, se plantean los problemas de la transferencia y contratransferencia institucionales. De ahí se ha desprendido igualmente la orientación de las in-

vestigaciones hacia la lingüística estructural. Se ha recurrido a Lévi-Strauss y a Jakobson con el fin de descifrar la constelación familiar y el resto de colectividades a que pertenecen los enfermos. La ruptura con el mundo exterior instituida por el hospital; la separación entre los sexos instituida o interiorizada; la re-organización permanente del sistema de parentesco simbólico en el contexto institucional, han puesto en tela de juicio, en la medida en que han sido analizados, la distancia entre la categoría de los cuidadores y la categoría de los cuidados.

Por último, con la institución de la lengua y el impacto de las investigaciones estructurales sobre esta materia, se ha impuesto la necesidad de «hacer hablar» a la institución hospitalaria por mediación de una red de grupos, de un entramado de reuniones y actividades diversas. La imposibilidad de comunicar no es, la mayoría de las veces, un síntoma de una afección patológica: es también y en primer lugar una «institución» médica inscrita en la organización social del hospital. Transformar esta organización, hacer de alguna manera que los enfermos participen en esa reestructuración del medio con el fin de que nazca la palabra, es el objetivo de esas asambleas casi permanentes instituidas entre médicos, entre los médicos y el resto del personal cuidador, entre el personal cuidador y los: enfermos, entre los enfermos. ¿Cómo sorprenderse, en estas condiciones, de que los problemas de la sociedad global, las corrientes políticas (micro-socialismo, autogestión) irruman sobre la brecha abierta de este modo en el muro de la institución?

El psicoanalista, incluso aunque no trabaje en

ninguna institución, tiene que ocuparse de las instituciones que definen su práctica social, sus corporaciones profesionales, sus referencias teóricas —léase deontológicas—: las organizaciones y sociedades de psicoanálisis. La competencia y en ocasiones la lucha abierta que mantienen, en Francia, las tres sociedades existentes, da una idea del lugar que ocupa la pertenencia institucional en el trabajo analítico. La Universidad y en ocasiones los organismos privados, determinan igualmente, si se presenta el caso, la incorporación del analista. A través de esas instituciones hospitalarias, científicas o profesionales, es todo el sistema institucional que sostiene a la sociedad el que afecta al analista. Y ocurre esto así aunque sólo tenga de ello una débil conciencia: una conciencia demasiado débil para poner en tela de juicio el sistema de referencia que le sirve para descifrar los mensajes de sus clientes, quienes están sumidos en una red de instituciones y son víctimas, como él, del complot institucional urdido sin cesar por la sociedad (por la clase dominante) para negar todo cambio real en la existencia cotidiana, para impedir que la revolución «cambie la vida». La extrapolación ideológica permite a la «mentalidad analítica» proyectar si no lo prohibido sí al menos una intensa culpabilidad sobre todas las formas sociales de *actuación** (*acting-out*). El análisis, opuesto de

* Creemos que en el contexto la significación de *acting-out* puede quedar recogida en el término castellano *actuación*. Sin embargo no ocurre así cuando *acting-out* transmite necesariamente los diversos matices que en el lenguaje psicoanalítico posee. Ver: Laplanche y Pontalis, *Vocabulaire de la Psychanalyse*, P. U. F., 2.^a ed., 1968, páginas 6, 7 y 8 (*acting-out*) y 240 (*mise en act*). Tal vocabulario define *acting-out* así: “Término empleado en psico-

manera trágica, antinómica, al *paso a la actuación*, permite hacer juicios sumarios sobre los acontecimientos y conductas sociales. Desde el momento en que se despiertan —en la juventud, por ejemplo— las fuerzas instituyentes, la imagen que, incluso el público más cultivado, se hace del psicoanálisis permite hacer diagnósticos *psicologistas* calificando de delirio, de catarsis, de neurosis, de psicodrama, etc., tal o cual fenómeno político. La transposición no es nueva. Para la sociedad instituida el que se desvía está siempre un poco loco: el revolucionario es un «agitado» que haría mejor haciéndose tratar. En 1937, un psiquiatra, el doctor Delmas-Marsalet, señalaba, al mismo tiempo que lo hacían otros colegas tales como el doctor Leconte, la aparición de «delirios de huelga», *psicosis* cuya etiología no podía sino cuestionar al Frente Popular!⁸.

análisis para designar aquellas acciones que presentando con la máxima frecuencia un carácter impulsivo en relativa ruptura con los sistemas de motivación habituales del sujeto, relativamente aislable en el curso de sus actividades, adoptan frecuentemente una forma auto o heteroagresiva. En la aparición del *acting-out* el psicoanalista ve el signo de la emergencia de lo reprimido. Cuando sobreviene en el curso de un análisis (en la sesión o fuera de ella), el *acting-out* debe ser comprendido en su conexión con la transferencia y frecuentemente como una tentativa de ignorarla totalmente.”

Advirtamos ya aquí que el concepto “*passage a l’acte*” (que nosotros traducimos como “paso a la actuación”) es el equivalente francés más extendido —aunque discutible— de “*acting-out*”.

8. P. DELMAS-MARSALET: “Les délires de grève”. *Journal de Médecine de Bordeaux, et du Sud-Ouest*, n.º 30-31, jul. 1937.

MAURICE LECONTE: *Conflicts sociaux et psychoses*. Etude médico-sociale. Thèse médecine. Paris, 1938.

El *paso a la actuación* política no es «condenado» por el psicoanálisis. Simplemente es ignorado en tanto en cuanto compromete un sistema de referencia al que Freud ha marcado los límites, límites situados más acá de lo político. Tanto en el plano epistemológico como en el sociológico y político hay una pregunta esencial: ¿qué es lo «técnico» y qué es lo «social» en la división del trabajo analítico? ¿Están dispuestos a responder a esta pregunta los teóricos del freudismo o de sus desviaciones? ¿Podremos llegar a decir algún día, de una manera que no sea metafórica, que el hecho de que el psicoanálisis violente al sistema instituido «es precisamente lo que le distingue de todas las elaboraciones que se refieren a la naturaleza humana»? (Laplanche, ya citado). Entre tanto, la única respuesta ha sido ofrecida, involuntariamente, por los modelos culturales difundidos por la teoría y práctica psicoanalíticas: conformismo, rechazo de la violencia, negativa a dialectizar lo que es de la incumbencia del análisis y lo que pertenece al desorden social instituido, etc... La inserción social del psicoanálisis en el sistema cultural es difícilmente separable de su inserción simbólica. Como toda institución, el psicoanálisis representa siempre otra cosa distinta de la que su función parece indicar. Los esfuerzos de ciertos teóricos —lacanianos especialmente— realizados con la intención de sub-estimar la técnica curativa y de sobre-estimar la «ciencia» freudiana (la «psicoanalítica»), no hacen sino convertir en más trágica la problematización de un hallazgo contemporáneo de la relatividad, del estilo moderno, del cine y de las otras grandes técnicas de telecomunicación.

¿Qué pasa cuando se instituye el análisis? Como

en toda institución, en el sentido activo del término (en el sentido de fundación, de origen), se delimita un tiempo y un espacio (aquí, la «vida interior»). Se producen formas de trabajo que afectan al cuerpo sin tocarlo realmente. Se trata sin tratar, se ayuda sin curar. Se pone entre paréntesis la acción social, los «delirios» de la acción y la «rabia» de las luchas políticas. Ante todo, se instituye un sistema de referencia que habla mucho más por lo que excluye o por lo que deja en el claro-oscuro «operatorio» que por lo que fundamenta teóricamente. Liberando a la palabra de un estrato social que se sabe y se quiere propietario de ella, no se hace más que restituir una posesión «legítima». La clase social que retiene la palabra soporta perfectamente, por otra parte, la afasia y la agrafia instituidas como «normales» en la inmensa mayoría de las clases explotadas.

J. P. SARTRE, J. B. PONTALIS, B. PINGAUD

D y A.

EL HOMBRE DEL MAGNETÓFONO O DIÁLOGO PSICOANALÍTICO

El texto que vamos a publicar aquí, a continuación de los artículos de Sartre, Pontalis y Pingaud, fue enviado a uno de los miembros del Comité de Dirección de «Les Temps Modernes», acompañado de la siguiente carta:

«Querido C. Aquí me tienes escapado del manicomio, evadido de un tercer piso sólo con una mano rota —y la policía pisándome los talones... Pero la mano no está tan rota como todo eso: ahí está el texto adjunto que es, al parecer, bastante punzante —evidentemente se ha perdido algo por culpa de ruidos en la grabación. ¿Es publicable? ¿Puede interesar a «Les Temps Modernes?» Es fácil y divertido de leer, y breve. Si deciden publicarlo, habría que precisar varias cosas: tengo 33 años y entré para analizarme en casa del doctor X. a los 14. Hubo algunas interrupciones, pero no tomé la decisión de suspender las sesiones definitivamente, en contra de la opinión del doctor X., hasta la edad de 28 años. Tres años después de esta suspensión —en noviembre de 1967— propuse al doctor X. la entrevista cuyo final se

reproduce aquí. Creía que debía participarle el resultado de mis reflexiones, hechas en el intervalo, sobre el fracaso de lo que había sido esta interminable relación analítica... Propongo como título: «Diálogo Psicoanalítico». Ya verás que termino la entrevista con un «continuará», esperando de este modo desencadenar esta continuación indispensable, pues quedan aún por revelar muchas cosas. Pero hasta ahora, varias tentativas para obtener un nuevo encuentro han sido dejadas sin respuesta por el doctor X. Ténme al corriente. Un abrazo.»

A.

JEAN-PAUL SARTRE

EL HOMBRE DEL MAGNETÓFONO

El texto de A... nos ha dividido profundamente. Después hemos firmado una paz de compromiso que espero sea duradera: voy a decir por qué, desde el primer día, opiné que debía publicarse; Pontalis y Pingaud, que opinan lo contrario, dirán las razones de su oposición. Aquí está pues este testimonio, en sandwich, entre nuestros dos artículos.

Unas palabras, en primer lugar, para evitar un malentendido probable: no soy un «falso amigo» del psicoanálisis, sino un compañero de viaje crítico y no tengo gana alguna —ni medios tampoco, por otra parte— de ridiculizarlo. Este diálogo hará sonreír: siempre gusta ver a Guiñol zurrando al comisario. Personalmente no lo encuentro divertido: ni para el analista ni para el analizado. Sin duda éste tiene el mejor papel y después diré por qué lo encuentro excepcional; pero aquél, después de todo, logra salir del apuro sin gloria (¿quién lo hubiera hecho mejor a no ser un «judoka»?) pero también sin pena: no ha hablado. Reconozco gustosamente, además, que la conversación se desarrolla en el marco de la relación analítica: lo que está en juego parece ser, como primer cargo, una cierta interpretación que, según A., el doctor X. había impuesto durante años a su paciente y de lo

que luego había renegado bruscamente (ni que decir tiene que no tomaremos partido ni sobre la interpretación ni sobre la palinodia, ya que el magnetófono no ha grabado el comienzo de la conversación). A., por otra parte, es el primero en reconocerlo puesto que titula este testimonio «Diálogo psicoanalítico». Título irónico: quiere hacernos entender que «como dice Merlin, igualmente se cuida de analizar al otro quien, a menudo, se analiza a sí mismo». El doctor X. habría proyectado en A. sus propios «problemas infantiles». Esta idea sólo compromete a A., y por lo demás no es eso lo que nos importa: si la subrayo es porque muestra el aspecto *problemático* del diálogo. A. se refiere a Freud en dos ocasiones con sincero respeto; no determina si la práctica analítica, *como tal*, ha fracasado o si un analista mejor lo hubiese curado. De todos modos, *para nosotros* la cuestión no es esa: incluso si se ha cometido un error, comprendemos muy bien que A., que lo ha sufrido, puede indignarse, mas, a nuestro entender, el psicoanálisis no puede ponerse en tela de juicio por este caso aislado, como tampoco el crimen de Uruffe pone a la Iglesia en peligro a los ojos de un creyente: el análisis es una disciplina que intenta ser rigurosa y cuya finalidad es la curación; por lo demás tal disciplina no es única, sino múltiple; si tuviera que provocar objeciones —las cuales, por otra parte, no se referirían a los principios sino a ciertos aspectos de la práctica— habría que poner tanto rigor en la discusión como la que ponen en sus gestiones clínicas y terapéuticas los entendidos que protestan.

Entonces, ¿por qué, pues, me fascinó este diálogo? Pues bien, porque saca a luz, con deslumbradora evidencia, la irrupción del *sujeto* en el gabinete analítico, o más bien, la inversión de la relación unívoca que liga al sujeto con el objeto. Y por sujeto no entiendo aquí el Yo o el Ego, este cuasi-objeto de la reflexión, sino el agente: en esta corta aventura, A. es sujeto en el sentido en el que Marx dice del proletariado que es sujeto de la Historia. Entendámonos: A. reconoce que tenía «necesidad de ayuda», reprocha al doctor X. que «no le haya curado», que le haya mantenido en la dependencia «prometiéndole» darle un día la «autorización» para recobrar la salud. Habla de los clientes del doctor X. como de «enfermos», entre comillas, y con eso entiende: aquellos a quienes los analistas *tienen* por enfermos, pero no a quienes han convertido en tales. Usted ha agravado mi caso, dice. Así pues, él no se presente como un sujeto perfectamente libre y sano —¿quién lo es?— o como aquellos a quienes Jones llama «los adultos» —palabra terrible si se piensa que la señora Freud era para él una adulta y Freud no— sino como un sujeto herido o, si se prefiere, como el sujeto de su herida, como la unidad atormentada por graves problemas incomprensibles para cuya solución pide ayuda a los demás. Dicho esto, ¿qué es lo que reprocha al doctor X.? Dejémosle hablar: «No se puede curar ahí encima (señala el diván profesional)... Usted no se atreve a mirar cara a cara a la gente. Antes ha empezado hablando de “hacer frente a mis fantasmas”*. ¡Jamás hubiera yo po-

* El término “fantasma” reproduce la versión psicoanalítica francesa del término freudiano “phantasie”. Por

dido hacer frente a nada! Usted me ha obligado a volverle la espalda. Así no se cura a las personas. Es imposible porque... vivir con los demás es saber hacerles frente». ¿Se rebela contra el método, el diván, el mutismo aplicado de los grandes «oyentes» profesionales? Sí y no: durante años ha puesto todo su calor en expresarse, en exponerse, sin ignorar que sus palabras, aparentemente libres y aventuradas, remitían a un texto oscuro y oculto que era necesario construir más que descubrir y que estaba contenido en la palabra dicha en el sentido en el que, dice Eluard: «Hay otro mundo y está en éste.» Pero en este fragmento conmovedor: «hacer frente... volver la espalda», nos entrega su profunda experiencia: con su sola presencia, el invisible y silencioso testigo de su discurso —entendamos: de lo que dice y de lo que se hace decir por la indispensable mediación de un sujeto— transforma en la misma boca del paciente la palabra en *objeto* por la sencilla razón de que no podría haber, entre esta espalda vuelta y este hombre sentado, invisible, inaprehensible, reciprocidad alguna. Ya lo sé: el enfermo debe emanciparse por sí mismo, a él corresponde descubrir poco a poco. Lo malo, nos dice A., es que se sabe *desde el principio* que se descubrirá como una pasividad, a través de esa mirada que no puede captar y que le juzga. El hombre del magnetófono está convencido de que el camino hacia la

nuestra parte, siempre lo hemos traducido al castellano como “fantasía”, pero en esta ocasión y en el contexto del diálogo a que pertenece —tragicómico, como lo califica Pontalis— nos ha parecido oportuno adoptar el término castellano “fantasma”, ya empleado, por otra parte, en algunos textos psicoanalíticos.

independencia (hacer frente a los fantasmas, los hombres) no puede pasar por la dependencia absoluta (transferencia y frustración, promesa al medios tácita —yo lo curaré—, espera de un «permiso»). Está decepcionado, es cierto, guarda rencor a su médico y algunos podrán hablar de transferencia mal resuelta, pero, ¿qué responderle si nos dice que la curación de «enfermo» debe empezar por un cara a cara y convertirse en una empresa común en la que cada cual se arriesgue y asuma su responsabilidad? ¿Que lo han castrado? Él está de acuerdo en que se lo digan, siempre que lo hagan mirándole a los ojos. Quiere que le propongan a él, A., esta interpretación, en el curso de una larga aventura a dúo, *en interioridad*, y no que le «sobrevenga» anónima, impersonal, como una palabra de piedra. Este sujeto desea comprenderse como sujeto herido, desviado; a falta de una colaboración intersubjetiva, «pasa a la actuación», para emplear la frase de los analistas, esto es, invierte la *praxis* y la situación a la vez. En el «Diálogo psicoanalítico» los papeles se invierten y el analista se convierte en objeto. Por segunda vez, la cita del hombre con el hombre ha fallado. Esta historia, que para algunos será bufonesca, es la tragedia de la reciprocidad imposible.

Hay violencia, dice el doctor X. No hay duda. Pero se trata más bien de una contraviolencia. A. plantea la cuestión admirablemente: esta «interminable relación psicoanalítica», esta dependencia, esta transferencia anticipada, provocada, este feudalismo, este largo alumbramiento del hombre postrado sobre un diván y devuelto a los balbuceos de la infancia, con sus calzones caídos, no sería la violencia original. Imagino lo que el doctor X. le

contestaría —le hubiera contestado— sin la presencia del magnetófono: «Nunca empleamos la coacción: cada cual viene y se marcha cuando quiere; cuando un paciente quiere dejarnos, sucede a veces que intentamos disuadirle —porque sabemos que esta ruptura le perjudicará— pero si insiste, cedemos; la prueba es que hace tres años le dejé partir a pesar mío.» Esto es cierto, y no por ello juzgo a los analistas. Pero A. no se daría por vencido; nos lo dice: si se separa a los hombres y sólo se considera la situación, la claudicación semanal o bisemanal del analizado en favor del analista se convierte en una necesidad cada vez más imperiosa; esto significa que la condición de objeto tiene sus ventajas; la violencia está en todas partes, latente, insinuante: ser sujeto es realmente pesado y, sobre el diván, todo invita a reemplazar la angustiosa responsabilidad de la soledad por la sociedad anónima de los instintos.

La inversión de la *praxis* demuestra claramente que la relación analítica es violenta *en sí misma*, cualquiera que sea la pareja médico-paciente que examinemos. De hecho, cuando la violencia voltea la situación, el analista pasa inmediatamente a ser analizado, o más bien analizable: la sorpresa y su impotencia lo ponen artificialmente en situación de neurosis. A. contaba con ello, por algo ha preparado su jugada durante tres años, oíganle: «Hasta ahora tenía la costumbre de controlar completamente la situación y de repente, he ahí que la extrañeza se introduce y se instala en usted...» Y la respuesta del analista prueba que se ha convertido repentinamente en *paciente*. Ahora su discurso tiene que ser descifrado: «No estoy acostumbrado a la violencia física.» ¡Qué frase más extraña! ¿Por

qué no decir simplemente: a la violencia? ¿Es que acaso está acostumbrado a la violencia *moral*? ¿Y cómo pone por ejemplo de violencia física el hecho de «sacar ahora ese magnetófono»? No pretendo en absoluto sacar punta a esas pocas palabras pronunciadas en un momento de confusión muy normal; deseo solamente hacer comprender que la violencia rompe el discurso y que entonces cada palabra es en exceso significativa, porque significa demasiado o demasiado poco. La brusca transformación del doctor X —sujeto del análisis, agente de la terapia— en objeto, supone en él una crisis de identificación, ¿cómo *reconocerse*? Esta es la razón de la extrañeza —«estrangement», diría Lacan, traduciendo el término freudiano «Umheimlichkeit»— que experimenta de repente y de la desesperada resistencia que opone a A.: no hablará ante el magnetófono. La razón se debe buscar, en primer lugar, en la deontología profesional. Pero, ¿es suficiente? ¿Da cuenta del horror que siente por el magnetófono? ¿No descubre, como el objeto de un análisis, que sus palabras, de las cuales era tan avaro y que se desvanecían tan delicadamente a veces en el silencio del gabinete —un «enfermo» no es un testigo—, van a ser grabadas, inscritas para siempre? Sólo eran el alegre murmullo de su pensamiento infalible y ahora corren el peligro de convertirse en piedra. Si se petrifican, darán testimonio. Este magnetófono saca de sus casillas al más sentado, pues viene a ser como la advertencia de la justicia inglesa a los acusados: a partir de este instante todo cuanto diga puede ser empleado en contra suya. El doctor X. intenta por última vez intimidar a A., tratarle como objeto para recordarle su dependen-

cia: «Usted es peligroso porque niega la realidad». Pero provoca esta respuesta genial: «¿Y qué es la realidad?». Sí: ¿qué es la realidad cuando analista y paciente están frente a frente, cuando, con la violencia de por medio, el analista no puede ya decidir, solo y de modo infalible, qué es lo real, o dicho de otro modo, dar privilegio a una cierta concepción del mundo? ¿Qué es la realidad cuando el paciente se niega a irse, cuando en un movimiento ridículo de reciprocidad antagónica cada uno de los dos hombres hace el psicoanálisis del otro, o más bien, cuando se aplican el uno al otro los mismos esquemas: Usted imita a su padre; no, usted imita al suyo; usted se hace el niño; no, es usted? ¿Qué es la realidad cuando el lenguaje analítico, desdoblado, repetido en eco, anónimo, parece haberse vuelto loco?

Esta situación-límite —tengo que añadir que otros analistas se han encontrado en ella y que constituye uno de los riesgos de su profesión— permite plantear la verdadera cuestión: ¿hay que elegir entre el *ser sujeto* del «enfermo» y el psicoanálisis? Vean al hombre del magnetófono. Vean cómo ha reflexionado durante esos tres años —que se haya equivocado o no, me importa poco—, vean cómo ha madurado su plan, cómo ha planeado su golpe, cómo lo ha llevado a cabo, óiganle hablar, sientan su ironía y también su angustia («Muy apurado me he tenido que ver para permitirme semejante cosa...») y su soltura cuando juega con los conceptos que le han sido aplicados durante tanto tiempo. Ahora les pregunto yo ¿*quién* es él? ¿*Quién* es este A. que habla? ¿Un proceso sin objetivo o la superación de este proceso por un acto? No dudo de que ni la más pequeña de estas pala-

bras, ni todo su comportamiento, puedan ser interpretados analíticamente: a condición de conducirlos nuevamente a su estatuto de objeto analítico. Lo que desaparecerá con el sujeto es la calidad inimitable y singular de la escena: su organización sintética, o, dicho de otro modo, la acción coma tal. Y que no me digan que la organiza un «enfermo»: estoy de acuerdo con ello, estoy de acuerdo en que la organiza como *enfermo*. Lo cual no impide que él la *organice*. Los analistas pueden dar los motivos del «paso a la actuación», pero el acto mismo, que interioriza, supera y conserva las motivaciones mórbidas en la unidad de una táctica, el acto que da un sentido al sentido que nos ha llegado, hasta el momento no se han preocupado de explicarlo. Habría que volver a introducir la noción de sujeto. En Inglaterra, en Italia, A., sujeto innegable de esta breve historia, encontraría interlocutores válidos: una nueva generación de psiquiatras intentan establecer entre ellos y las personas a las que cuidan un lazo de reciprocidad. Sin abandonar nada de la inmensa experiencia psicoanalítica, respetan ante todo —en cada enfermo— la libertad desviada de emprender, el agente, el sujeto¹. No creo que sea imposible que un día los psicoanalistas estrictamente ortodoxos se unan a ellos. Esperando ese momento, presento aquí este «Diálogo», a título de escándalo beneficioso y benigno.

1. No ignoro las dificultades que encontrarán: la “psicología de las profundidades”, como dice Lagache, necesita la tranquilidad, el abandono, una cierta renuncia, el diván en suma; el cara a cara exige, por el contrario, la vigilancia, la supremacía, una cierta tensión. Pero nada se adelantará si no se toma la cuestión por ambos extremos.

J. B. PONTALIS

RESPUESTA A SARTRE

Se comprenderá, supongo, que no desee comentar el «documento» que Sartre ha tomado la responsabilidad de publicar. Sólo añadiré unas palabras a la presentación que acaban de leer.

Lo que me interesa, es que Sartre nos dice haberse sentido «fascinado» por el relato de la hazaña «contestataria» de A. levantándose frente a su opresor feudal. Sartre puede reconocerse en este espejo, incluso deformante. Ve proyectarse en él sus pares de contradicciones favoritas y les reconoce tanto más fácilmente cuanto que A. parece obedecer a ellas.

Pero sacar en conclusión de este fragmento tragicómico que ha llegado el momento para los analizados de seguir la orden dada por Censier de «Analizados, ¡levantaos!» —a menos que emigren a Italia— y para los psicoanalistas el de anunciar a sus pacientes la buena nueva: «Os han castrado», mirándolos a sus ojos de sujetos, me parece una respuesta algo precipitada. Aprobar esto sería en todo caso, a mi entender, confesar que se ignora *todo* sobre el psicoanálisis. Por ejemplo, ¿cómo se puede a la vez saludar «la inmensa experiencia» de éste y no admitir la relación analí-

tica en su mismo principio? ¿No es la praxis, aquí, como en otras partes, la que hace posible la emergencia del objeto teórico? Habrá que escribir un día la historia de la relación ambigua, hecha de atracción y repulsión *igualmente* profundas, que mantiene Sartre desde hace treinta años con el psicoanálisis, y quizás habría que releer su obra bajo esta perspectiva.

En cuanto a las virtudes salvadoras del diálogo, creo que jamás se las he visto elogiar a Sartre —¡por suerte!—. De otro modo no hubiera sabido testimoniar, como lo ha hecho, el fracaso de toda reciprocidad, ni dar a lo que él llama las «situaciones límite» —la locura, entre otras— su valor ejemplar. Recordemos *Huis Clos*, *La Chambre* y sobre todo, en esta ocasión, al héroe de los *Sequestrés d'Altone*, esta obra admirable en la que, sobre otro escenario, un magnetófono servía ya para fijar las huellas de un «diálogo interior».

BERNARD PINGAUD

RESPUESTA A SARTRE

No siendo psicoanalista ni psicoanalizado, no me siento obligado a la misma reserva que Pontalis. Voy a intentar, pues, decir por qué este texto nos ha «dividido profundamente». Quien sólo leyera el prólogo de Sartre podría asombrarse de ello. Pero si se lee paralelamente el texto de A., se mide ya la distancia que los separa. Evidentemente —al menos para mí, que reivindico aquí mi completa libertad de «sujeto»—, lo que Sartre ve en el diálogo parcialmente transcrito por A., no se encuentra en él, o si se encuentra es en filigrana. También es evidente que Sartre no ve lo que hay en él, o más bien hace como si no lo viera. Pues se trata de una conversación que se desarrolla «dentro del marco de la relación analítica», y del que sólo conocemos el final, «ya que el magnetófono no ha grabado el comienzo de la conversación». No es preciso ser muy versado en psicoanálisis para comprender que ese «paso a la actuación» forma parte de la misma cura que hay que «contestar» radicalmente, y que al publicarlo aquí, intervenimos con demasiada ligereza en una relación de «médico»-«enfermo» de la que nada o casi nada sabemos. La primera pregunta que debíamos

hacernos era, pues, ésta: «¿A quién y para qué servirá la publicación de esta conversación?» La respuesta me parece cuando menos hipotética.

Veamos ahora el fondo. Sartre no tiene nada en contra del psicoanálisis, sea. Pero, ¿qué hace, tras haber afirmado sus buenas intenciones, sino denunciar la práctica psicoanalítica, así como la teoría en que se basa? Sostener que el rechazo del cara a cara equivale a transformar al paciente en objeto, es un argumento demasiado burdo para que el propio Sartre no responda en seguida: «Ya lo sé: el enfermo debe emanciparse por sí mismo; a él le toca descubrirse poco a poco». Pero leamos la continuación: «Lo malo, nos dice A., es que se sabe *desde el principio* que se descubrirá como una pasividad, a través de esa mirada que no puede captar y que le *juzga*». Admiro ese «nos dice A.» y me gustaría mucho saber si hay que tomarlo como un «nos dice Sartre». Pues, una de dos: o Sartre prosigue la tesis por su cuenta y es otro psicoanálisis lo que nos propone, basado en otra concepción del hombre, empleando otros métodos terapéuticos, aquellos, por ejemplo, de los psiquiatras italianos o ingleses que «intentan establecer entre ellos y las personas a las que tratan un lazo de reciprocidad» (pero habría que preguntarse en este caso si las dos situaciones son comparables y por qué el analista, aparentemente, rechaza la «reciprocidad»), o bien Sartre le deja a A. la responsabilidad de su interpretación y el problema está en saber lo que significa en una cura este tipo de interpretación, por qué surge, si es porque el tratamiento estaba contraindicado o porque ha sido mal llevado —o si la invención de la relación no forma parte siempre, en un mo-

mento u otro de la cura misma. Hablo aquí como profano, así que me guardaré bien de dirimir, pero leyendo el texto de Sartre, viendo en qué términos describe él esta «claudicación semanal o bisemanal» que compara con una droga, no puedo evitar el pensar que es todo el psicoanálisis lo que pone en tela de juicio en nombre de su personal concepción del sujeto. Es normal, por otra parte, que el debate lleve más lejos, ya que el descubrimiento esencial de Freud no fue, como afirman algunos precipitadamente, negar la existencia del sujeto, sino desplazarlo, «descentrarlo», haciendo aparecer al *no-sujeto* a partir de lo cual se constituye en una posición siempre derivada. La cuestión es únicamente saber si el diálogo transcrito por A. se presta a un debate de este tipo.

Por mi parte no lo creo. Suponiendo que se pueda sacar de él la lección que Sartre saca (como si se tratase efectivamente del proceso del psicoanálisis y no del proceso del analista) es simplificar las cosas de manera abusiva al decretar que, pasividad total y que el analista «decida solo e infaliblemente qué es lo real». No sería difícil hacer comparecer aquí a muchos testigos que podrían afirmar lo contrario y decir cómo esta alienación inicial les ayudó, precisamente, a mejor convertirse en sujetos. Me parece que la no-reciprocidad criticada por Sartre —y que el mismo analista sufrió a su tiempo— es condición esencial del descubrimiento o de la restauración de un «ser-sujeto», comprometido, ofuscado, «alienado» por eso que se llama la «enfermedad». Y que la relación nunca puede ser igual, recíproca, sino en el instante en que termina —ese instante ideal al que se llama «curación». Esto no privilegia al psi-

coanalista como individuo. Esto privilegia al *Otro* por medio del cual se efectúa este restablecimiento que, en cierto modo, llega siempre demasiado tarde, o, como decía Freud, «nachträglich». No hay pues contradicción ni lugar para elegir entre el «ser-sujeto del enfermo» y el psicoanálisis: en cierto sentido el ser-sujeto está siempre presente, y en otro se tiene siempre que conquistar. El hombre más «enfermo», es verdad, «organiza» su enfermedad. El psicoanálisis no le aporta pues el medio de organizarse. Pero tampoco se lo quita. Cuando tiene éxito, puede únicamente ayudarle a modificar una organización en la cual se aliena. Y, desde luego, es el sujeto mismo quien la modifica «descubriéndose» por medio de la relación analítica.

Sartre puede criticar la concepción de Freud en nombre de otra, y oponer una terapéutica de la reciprocidad a una terapéutica de la «violencia». Pero habría que entablar entonces un debate a fondo. El principal mérito del compromiso al que hemos desembocado, en este asunto, habrá sido el plantearnos el problema. Sigo pensando, no obstante, que el texto de A., precisamente porque no va más allá del «paso a la actuación», era el peor de los pretextos.

A.

DIÁLOGO PSICOANALÍTICO

Para O.

A. — Quiero que algo quede claro definitivamente. Hasta ahora he seguido sus reglas, ahora sería necesario que usted intentara... por otra parte no veo por qué...

Dr. X. — Ahora si usted quiere... Estamos completamente de acuerdo; eso es; nos detendremos aquí, será una lástima para usted.

A. — Entonces, ¿tiene miedo de este magnetófono?

Dr. X. — No. No lo deseo, no lo consiento.

A. — Pero ¿por qué? Por lo menos explíquemelo; ¿tiene miedo de este magnetófono?

Dr. X. — ¡Corto!

A. — ¿Corta?, vaya, es interesante, ya vuelve con «el corte»; antes hablaba de cortar el pene; ahora es usted quien quiere cortar de repente.

Dr. X. — ¡Oiga! ¡Se acabó con el magnetófono!

A. — ¿Qué es lo que se acabó?

Dr. X. — O sale de la habitación o doy por finalizada la entrevista. Estamos de acuerdo. Consiento en explicarle lo que quería explicarle, ahora bien, o retira ese magnetófono o no diré nada más; lo sentiré mucho, pero no haré esto.

A. — Creo que tiene miedo. Creo que tiene mie-

do y se equivoca, porque lo que vengo a hacer es para su bien; me arriesgo mucho por nada, y lo hago por usted y por muchas otras personas, pero quiero llegar hasta el fondo de esta mixtificación y tengo la intención de proseguir.

Dr. X. — Bien, bien...

A. — ¡No! ¡Usted se queda doctor! Usted se queda y no intente tocar el teléfono. Se queda ahí y sobre todo no intente hacerme la jugada de encerrarme (internamiento).

Dr. X. — No le haré la jugada de internarle si sale de esta habitación.

A. — ¡No salgo de esta habitación! Tengo que pedirle cuentas; y cuentas importantes, y usted me contestará. Y no se lo pido sólo en nombre mío, sino en nombre de... Vaya, sea amable y siéntese; ¡no nos enfademos! Ya verá... esto no hará daño; no se trata de fastidiarle; vaya, ¡cálmese! Siéntese... ¿no quiere sentarse? Pues bien, quedémonos de pie.

¡Bueno! Así pues, «el corte del pene» ¿No es eso? Mi padre quería... ¿no? ¿Qué más?

Dr. X. — ¡Escuche! Por lo pronto usted no está para discutir.

A. — ¡Claro que sí! Usted es quien no quiere discutir, usted es quien no está para discutir.

Dr. X. — Le he pedido que guarde su magnetófono.

A. — Pero mi magnetófono no es una cola, ya sabe. Es un oyente que nos escucha con mucha benevolencia.

Dr. X. — Le estaba explicando algo...

A. — Sí, está bien, ¡continúe!

Dr. X. — Y en aquel momento usted, en vez de tratar de comprender...

A. — Porque usted quiso dejar caer algo muy importante con lo que me había llenado la cabeza durante años, y quisiera justamente que no intentara esquivar el problema, es decir, otra vez el problema de su responsabilidad.

Dr. X. — ¡La suya!

A. — ¿Qué?

Dr. X. — Ahora tiene ganas de hacerme responsable de lo que sólo usted es responsable.

A. — ¡En absoluto! En este momento hago un trabajo, un trabajo científico.

Dr. X. — Es posible.

A. — Bueno, entonces sigamos; ya sabe que es mejor registrar los trabajos científicos, de este modo estamos tranquilos, no tenemos necesidad de tomar notas. Vamos a adelantar.

Dr. X. — ¡No se trata en este caso de trabajos científicos!

A. — ¡Sí! Yo creía estar en casa de un hombre de ciencia. Siempre me he confiado a un hombre de ciencia y me gustaría saber de qué ciencia se trata en definitiva, pues no estoy nada convencido de que esta ciencia no sea charlatanería.

Dr. X. — Pues bien. Estoy en mi derecho de no hablar ante un magnetófono.

A. — Está en su derecho, naturalmente, y no se olvida de decirlo; gracias... Se siente acusado y habla como un americano que no hablará más que en presencia de su abogado... ¡Siéntese!

Dr. X. — Estoy dispuesto a hablarle y también explicarle.

A. — Bien. Sigamos.

Dr. X. — Pero no estoy dispuesto a hablar ante un magnetófono.

A. — ¿Por qué va a telefonear?

Dr. X. — Porque le pedí que saliera si no guardaba ese magnetófono.

A. — ¿Qué? Pero ¿por qué? ¿Por qué va a telefonar?

Dr. X. — Porque le pedí que saliera si seguía con el magnetófono no quería internarle pero...

A. — Pero por qué ha... ¡Sepa que no podría internarme! Porque si hay alguien que debe ser internado es usted, en el caso de que se tratara de determinar quién está desequilibrado.

Dr. X. — Yo... Yo... de todos modos...

A. — Oiga, yo le aprecio, no le deseo ningún mal; al contrario...

Dr. X. — Entonces estamos de acuerdo; deje ese aparato.

A. — Nos estamos divirtiendo mucho; sin embargo me gustaría que dejara de tener miedo...

Dr. X. — Yo no me estoy divirtiendo.

A. — Pero tiene miedo. Y de la libido, ¿qué hace usted? ¿Cree que quiero cortarle su pilila? ¡No! vengo a darle una de verdad; una de verdad... ¡es formidable! ¡Por fin! ¡Usted había esperado mucho tiempo esta fiestecita! ¡Oiga, confiese que se las arregla muy bien! ¡¡Doctor!! Doctor, yo no estoy en contra suya, es usted quien está en contra de sí mismo.

Dr. X. — De momento usted está...

A. — No estoy en contra suya, pero... encuentro que usted abusa. Sí, abusa, usted ha abusado mucho de mí; incluso diría que me ha estafado un poco, si tuviéramos que decir las cosas en términos jurídicos, porque no ha cumplido sus obligaciones, no me ha curado en absoluto; por otra parte usted no está preparado para cumplir sus obligaciones; ya que no sabe curar a la gente, tan

sólo sabe volverlos un poco más locos. Usted sabe... No hay más que preguntar a sus otros enfermos, en fin, sus «enfermos», aquellos a los que usted llama los enfermos, aquellos que vienen a buscar un poco de ayuda y que no reciben nada, sólo reciben la espera... ¡síntese! ¡Tengamos calma! ¡Tengamos calma! ¡Vamos! ¿Es usted un hombre o un muñeco? ¿Es un hombre?

Dr. X. — Se lo repito, se lo digo de una vez por todas, usted tiene un magnetófono y no admito esa actitud.

A. — Lo siento, le repito por qué he sacado este magnetófono, para emplear su palabra «sacar», es porque no me gusta nada la manera en que me ha pedido de repente que dejara la cuestión de la castración.

Dr. X. — Yo estoy dispuesto a hablar de la cuestión de la castración, si ese es el verdadero problema, pero no deseo hablar ante un magnetófono.

A. — Bueno, pues bien, no hablaremos, esperaremos a que cambie de opinión; está usted atrapado.

Dr. X. — ¿Y qué quiere ganar atrapándome?

A. — ¡Yo no tengo nada que perder!

Dr. X. — Es posible.

A. — ¡Tiene miedo!... ¡Vamos Juanito! ¡Cálmate! ¿Qué? ¿No? ¿No quieres?

Dr. X. — ¿No cree que es una situación seria?

A. — ¡Terriblemente seria! Por esto es mucho mejor que pongas otra cara que la que pones...

¡Muy apurado me he tenido que ver para permitirme semejante cosa! Es preciso que por lo menos esté verdaderamente seguro...

Dr. X. — ¡No! No es preciso que esté seguro. ¡Si estuviese seguro no actuaría como lo hace!

Ahora, déjeme salir, es una situación muy peligrosa.

A. — ¿Peligrosa?

Dr. X. — Sí, usted es peligroso.

A. — ¡En absoluto! Usted no para de intentar hacerme creer que soy peligroso, pero no soy nada peligroso.

Dr. X. — ¡Usted es peligroso porque niega la realidad!

A. — ¡No!

Dr. X. — ¡Usted niega la realidad!

A. — ¡Si soy un corderito! ¡Siempre he sido un corderito!

Dr. X. — ¡Usted niega la realidad!

A. — ¡Usted es quien es peligroso! El que lo dice es el que lo es.

Dr. X. — ¡Usted niega la realidad!

A. — ¿Y qué es la «realidad»?

Dr. X. — De momento, usted es peligroso porque niega la realidad.

A. — Pero ¿qué es la «realidad»? Tendríamos que ponernos de acuerdo primero. Yo, desde el punto de vista de su realidad sé una cosa: Usted está irritado, le cuesta muchísimo dominarse y va a estallar; va a estallar, está bajo presión; se pondrá nervioso y eso no sirve para nada; no le deseo ningún mal, no hay ninguna razón ¡no soy su padre!

Dr. X. — ¡Usted tiene su magnetófono!

A. — ¡No soy su padre!

Dr. X. — ¡Usted tiene su magnetófono!

A. — ¿Y qué pasa?

Dr. X. — ¡Acabemos!

A. — Pero veamos, el magnetófono no le hace ningún daño. ¿Le da miedo? No es un revólver.

Dr. X — ¡Acabemos!

A. — ¿Tiene miedo?

Dr. X — ¡Acabemos!

A. — ¿Qué quiere decir eso? ¿Acabemos qué?

Dr. X. — No deseo una entrevista de este tipo.

A. — Oiga, ¿es que quiere que le dé una azotaina?

Dr. X. — ¡Ve como es peligroso!

A. — ¿Quiere una azotaina?

Dr. X. — ¡Ve como es peligroso!

A. — No; yo le hago una pregunta; ¿quiere dejar de actuar como un niño?

Dr. X. — Le digo que es usted peligroso.

A. — ¡Y yo le digo que hace niñerías!

Dr. X. — Y va a demostrármelo, me lo temo.

A. — No, no voy a demostrárselo.

Dr. X. — Acabemos de una vez.

A. — Pero, ¿qué quiere decir eso de: «Acabemos de una vez»?

Dr. X. — No tengo nada que decirle; usted es peligroso.

A. — ¿Cómo? ¿No tiene nada que decirme? Pero tiene que rendirme cuentas.

Dr. X. — Le he invitado a salir.

A. — ¡Perdón! ¡Se equivoca!

Dr. X. — ¡Ve como es peligroso!

A. — ¡Tiene que rendirme cuentas!

Dr. X. — ¡Ve como es peligroso!

A. — Yo no soy peligroso; simplemente alzo la voz, pero usted no lo soporta; si uno grita, usted tiene miedo, ¿verdad?, si oye gritar ya no sabe lo que pasa; es espantoso; es horrible; es el papá quien grita (desde hace un momento los dos interlocutores están a 20 cm. uno del otro), pero yo, Juanito, sólo grito aquí para mostrarte que esta vez no es grave; ves, ahora ya vas dominando tu

miedo; ¡eso es!; ¡eso es!; perfecto. Así está mejor. Ya ves que no es tan grave como todo eso: no soy tu padre; y puedo gritar más pero no. Bueno, ya basta.

Dr. X. — ¡Ahora imita a su padre?

A. — No, no; al suyo. Al que veo en sus ojos.

Dr. X. — Usted intenta hacer el papel...

A. — No quiero adoptar ninguno de sus papeles ¡sencillamente quiero liberarme de su angustia! ¡Ahora es usted quien se caga encima! ¡Seguro! Fíjese: ¡por qué cruza los brazos de ese modo? ¡Se defiende! ¡De verdad cree que voy a pegarle? ¡De dónde saca que quiero pegarle? ¡Soy mucho más prudente! Me contengo, no quiero hacer lo que usted quisiera que hiciera; desde luego sería más simple: le pegaría y no tendría razón, habría empezado, habría cometido un acto que le daría a usted el poder de... no sé... de ser el médico, de jugar al doctor, ¿eh?... al psiquiatra.

Si soy peligroso no lo soy para el pequeño Juanito, soy peligroso para el médico, para el médico sádico, no para el pequeño Juanito; éste también ha sufrido bastante; no tengo ganas de pegarle... pero el médico, el psiquiatra, el que ha tomado el lugar del padre, ese, se merece unas patadas en el culo.

Ahora déjeme explicarle; siéntese. ¿No? ¿No quiere?

Dr. X. — Puede hablar. Yo no hablaré, le he dicho que yo no...

A. — ¡De acuerdo! hablaré yo; ¡En fin! ¡Mejor! Por otra parte, iba a decírselo cuando saqué el magnetófono, que lo sacaba únicamente para hablar, porque iba a hablar yo. Evidentemente también usted puede registrar si quiere; además, le

haré una copia si lo desea; eso debería interesarle muchísimo... en fin... quizás... así lo espero. Bueno, ya está. ¡No se puede curar ahí encima! (señala con un movimiento de cabeza el diván profesional) ¡es imposible; y usted no se ha curado tampoco porque ha pasado demasiados años ahí encima. No se atreve a mirar a la gente cara a cara. Antes ha empezado hablando de «enfrentarme con mis fantasmas». ¡Jamás hubiera podido hacer frente a nada!: Usted me había obligado a volverle la espalda. Así no se cura a las personas. Es imposible porque, a fin de cuentas, vivir con los demás es saber hacerles frente. ¿Quería que aprendiera yo sobre eso? ¡Al contrario!, usted me ha hecho olvidar el gusto de intentar siquiera vivir con los demás o afrontar cualquier cosa directamente y ese es su problema. Por eso pone a la gente así, porque no puede hacerles frente y no puede curarles, sólo puede endosarles sus problemas de padre con los que no acaba nunca; y de sesión en sesión arrastra sus víctimas con el problema del padre. ¿Comprende lo que le digo? A mí me ha costado mucho comprender y poder arreglármelas. Desde luego usted me hizo hacer gimnasia mental. Por lo menos un poquito, pero confiese que a pesar de todo era un poco caro, ¡si sólo fuera eso! Pero queda lo peor: me ha hecho olvidar, con sus promesas, cómo se hace frente y me he entregado a usted, sólo que como yo no podía verle no podía imaginar cuándo me iba a dar por fin lo que venía a buscar a su casa. Esperaba la autorización. ¡Sí, eso es! Hubiera sido usted tonto en dármela, eh, transformarme, liberarme ya que yo le alimentaba, usted vivía a expensas mías, me chupaba: yo era el enfermo, usted

era el médico; por fin ha hecho aparecer su problema de infancia, ser el niño frente al padre... Usted tenía el derecho, vaya el derecho de internar eventualmente, por ejemplo, quizás a mí no, pero en fin, tiene el derecho de internar a otras personas...

Dr. X. — Telefoneaba al 609 para hacer que se fuera, al 609, a la policía para que le expulsen.

A. — ¿A la policía? ¿Al papá? ¡eso es! Su papá es agente de policía y usted iba a telefonar a su papá para que viniera a buscarme.

Dr. X. — Porque creo que...

A. — Oiga esto se pone interesante; ¿por qué quería llamar a la policía?, se hubiera perdido todo esto. Confiese sin embargo...

Dr. X. — Usted es abogado...

A. — Que he hecho bien en impedirle...

Dr. X. — Cuando una persona no quiere abandonar la casa de uno, se llama a la policía.

A. — ¡Claro que sí! ¡Ésta es la verdad! Usted me había conducido a su casa, me había atraído a su interior, a su caverna...

Dr. X. — Le había pedido que se marchara.

A. — ¡Oiga!, si toma la palabra para decir semejantes cosas vale más que me deje continuar porque si no nos pondremos nerviosos, perderemos tiempo, de acuerdo, ¿eh?

Si verdaderamente tiene cosas importantes que decir, entonces es preciso que las diga, de acuerdo, es preciso sacarlas, cierto; es verdad: está lleno de vacilaciones... Pero si es para decirme que va a llamar a la policía o que hubiera querido llamarla, eso es algo que habrá que analizar...

Bueno, ¿se siente mejor? (*tono extremadamente suave y tranquilo*) ¿se siente mejor?

Dr. X. — No (*se levanta*). Usted va a escuchar su magnetófono.

A. — No, no, no, eso no me importa de momento, fíjese cómo ha reaccionado ¡qué historia de locos! Usted está nervioso, excitado, sólo porque uno saca un aparatito que va a permitirnos comprender lo que está pasando aquí. Es absurdo, vaya; además, en el fondo no ha querido explicar por qué no quiere la grabación. Por lo menos no me lo quiere decir, ¿por qué está tan enfadado? ¿Porque de repente yo he tomado las riendas de algo! Hasta ahora tenía usted la costumbre de controlar totalmente la situación y de repente he ahí que la extrañeza se introduce y se instala en usted.

Dr. X. — No estoy acostumbrado a la violencia física.

A. — ¿Qué significa «la violencia física»?

Dr. X. — Es una violencia sacar ahora ese magnetófono.

A. — ¿Una violencia física? (*Asombro total*).

Dr. X. — Y además usted se ha dado cuenta perfectamente... basta mirar dónde está mi teléfono para ver que es violencia física (el teléfono está efectivamente en el suelo desde el incidente inicial: «No toque el teléfono...»)

A. — Pero oiga: ¿habla en serio? ¿Le gusta decir lo que acaba de decir? ¿Está contento ahora? Quisiera asegurarme de su bienestar ¿Está en forma? ¿Se siente bien? Uh, uh... (*tono amistoso dirigiéndose a un niño*). ¡Doctor! (*muy bajo y suave*). Cucu. Vamos, ¿no quiere contestarme? ¿No quiere decirme? En fin... ¡Contemple un poco la situación! ¡Es ridícula! Intentemos mostrarnos a su altura.

Dr. X. — Mire: eso que acaba de decir, eso que me acaba de explicar...

A. — ¿Sí? ¿Qué?

Dr. X. — A usted le gustaría volverlo a escuchar.

A. — Naturalmente, y a usted también, escuchar su silencio... ¡Duda porque no puede hablar! ¡Se saca un magnetófono y de pronto se queda cortado! Es usted quien ha dicho «corto». Se ha cortado a sí mismo —¿no es así?— en el sentido del asesino que se queda cortado, que se denuncia a sí mismo. Yo no he cortado nada, por el contrario quiero seguir y quiero que avancemos hacia la verdad...

Dr. X. — El tiempo que le había reservado ya ha pasado, tiene que irse.

A. — ¡No! El tiempo no existe.

Dr. X. — ¿Sí que existe!

A. — No, no existe... Ahora empiece lo mejor, se lo aseguro.

Dr. X. — Pero usted ha explicado algo, y no tiene más que sacar la lección: Usted ha explicado algo...

A. — ¿Sí?

Dr. X. — ...que debía haber comprendido hace mucho tiempo.

A. — ¿El qué?

Dr. X. — Su actitud.

A. — ¿Cómo mi actitud?

Dr. X. — Sí, lo que había explicado usted...

A. — Es usted el que tenía una actitud... (ruido de timbre en la puerta)... de corte.

Dr. X. — Lo que acaba de explicar ahora es su actitud. Escuche, ahora me están esperando.

A. — ¡Me importa un bledo! La próxima víctima no tiene prisa.

Dr. X. — Pero a mí sí que me importa.

A. — (*Tono categórico y acentuado*). No saldremos de esta habitación hasta que las cosas estén más claras, respecto a lo que ha ocurrido y respecto al problema de su compromiso y del incumplimiento de sus obligaciones. Sobre todo no hable de violencia física, ya que es *usted* quien, al obligarme a dar vueltas sobre el diván, comenzó con la violencia física, es usted quien me retorció, quien me llenó la cabeza de pájaros. Es usted el que falseó las condiciones ¿no se da cuenta de todo eso? ¿No se da cuenta de que es totalmente ridículo! Hay algo que va más allá del momento presente. Hay algo vergonzoso e infantil en su actual comportamiento.

Dr. X. — Ve como es peligroso, ya le dije que era usted peligroso.

A. — Doctor X. ...¿es usted un payaso! ¡Y un payaso siniestro! He venido a su casa durante no sé cuántos años dos o tres veces por semana, ¿y qué he conseguido? Si soy loco y peligroso como ahora dice: no haría más que cosechar lo que sembró, lo que invistió con su engañosa teoría. Dese cuenta de eso. Y en el fondo saldría bien librado con ese cierto modo que tiene en este momento y la reflexión que le pido que haga, es un pequeño deber que se le impone, un deber muy pequeño, ¿eso no es tan grave! ¿no hace tanto daño! Vamos, sonría, no ponga esa cara mohína, sabe que es muy importante eso de ocuparse en curar a la gente, el ser médico; y se escriben muchos libros sobre psicoanálisis; vale la pena que reflexionemos y que intentemos explicarnos francamente y comprender lo que ha ocurrido entre nosotros porque tal vez podamos sacar de todo este asun-

algo útil para otros y además yo no soy peligroso, así que no me diga eso continuamente, porque lo que quiere es desviar el tema; se ha embolsado el beneficio de una situación-ambiente, es privilegiado: ha venido después de Freud, le han pagado los estudios y ha logrado colgar una placa en su puerta. Y ahora fastidia a montones gente teniendo además el derecho de hacerlo, así cree salir bien del paso. Es un fracasado y toda su vida no hará más que cargar su propina a otras personas...

Bueno... Bien, ahora se acabó todo eso, ya me tiende, estará muy contento de tener que soportar esto ahora, porque en realidad no le hago soportar nada, nada en absoluto.

Dr. X. — Sí, me obliga a tener que soportar su presencia.

A. — No le hago soportar mi presencia, quisiera que continuara sentado.

Dr. X. — ¡Violencia física!

A. — ¡Quisiera que se sentara!

Dr. X. — ¡Violencia física! ¡Violencia física!

A. — De ningún modo; quisiera que continuara sentado.

Dr. X. — ¡Violencia física!

A. — Siéntese, vamos.

Dr. X. — ¡Violencia física!

A. — No. (*tono paternal y tranquilizador*).

Dr. X. — ¡Violencia física!

A. — No, es teatro.

Dr. X. — Me hace soportar violencias físicas.

A. — De ningún modo, no le hago soportar violencia física.

Dr. X. — Le he dado ocasión de explicarse.

A. — Yo quisiera que ahora se explicase usted.

Dr. X. — Le he dado ocasión de explicarse y le he propuesto...

A. — De ningún modo, me ha cortado, ha interrumpido la explicación que quería empezar a darle.

Dr. X. — En la medida en que yo no quería hablar ante un magnetófono.

A. — Pero al principio no le pedí que hablase, le pedí que me dejara hablar.

Dr. X. — No, me ha pedido que hablase.

A. — Usted me ha interrumpido, eso es lo que ha pasado: de repente me ha hablado de la policía.

Dr. X. — Ahora la entrevista se acabó.

A. — ¿Lo dice en serio? ¡Mezquino! ¡Yo digo que no! ¿Entonces? ¿Quién dará el primer paso hacia la violencia física?

Dr. X. — Usted es el que lo está dando.

A. — ¡En absoluto! ¡Me encuentro muy bien aquí! Soy como un senador sudista que no abandona su sitio.

Dr. X. — Usted es de verdad muy peligroso, si seguramente se ha...

(El doctor va hacia la ventana, el despacho está en un entresuelo bastante alto; ruido muy intenso de los postigos que abre).

A. — ¿Va a tirarse por la ventana? ¡Es extraordinario! ¿De verdad va a hacer eso? (nuevo ruido de postigos que A. acaba de cerrar riendo). Ya ve que es teatro puro.

Dr. X. — Esto acabará mal.

A. — ¡Esto terminará en drama! ¡Un drama sangriento! ¡Habrá sangre!

Dr. X. — Sí, habrá sangre.

A. — ¿Quién sangrará?

Dr. X. — Habrá sangre.

A. — ¡No, no habrá sangre, esto no acabará así! ¡se acabará alegremente! Nos estamos divirtiendo mucho.

Dr. X. — Esto terminará con violencias.

A. — No, a pesar de todo no terminará con violencias.

Dr. X. — Déjeme abrir la puerta y salir.

A. — Pero ¿tiene miedo? ¿Ya vuelve a empezar? ¡Uh!

Dr. X. — Ve como es peligroso.

A. — No, tengo necesidad de relajarme.

Dr. X. — Rara manera de relajarse, tiene miedo.

A. — Usted quiere darme miedo,

Dr. X. — Es peligroso porque tiene miedo.

A. — ¿Peligroso? ¿Qué quiere decir peligroso?

Dr. X. — Usted actúa físicamente al quedarse aquí.

A. — ¿Eso es lo peligroso?

Dr. X. — ¡Eso es!

A. — ¡Y la tortura moral! ¿Qué hace con ella?

Dr. X. — Usted actúa sobre el plano físico.

A. — Oiga, cuando se rebelan los esclavos, a veces hay un poco de sangre, y sin embargo ya ve que ahora nadie sangra aún.

Dr. X. — Usted actúa en el plano físico.

(Habría que precisar que A. ocupa una posición estratégica, apoyado en la única puerta de la habitación).

A. — Usted se está cagando en los pantalones.

Dr. X. — Usted quisiera que me cagara encima.

A. — Claro que no, solamente noto que se caga encima.

Dr. X. — Cree tener la sartén por el mango... cree que me amilana.

A. — No lo amilano, no tengo ninguna intención de amilanarlo, lo que quisiera es que empezara a hablar en serio.

Dr. X. — Pues bien, le hablo seriamente: es la hora.

A. — ¿Cómo?

Dr. X. — Es la hora y tengo que recibir a otras personas.

A. — ¿Es la hora? ¿Pero cómo? ¿es la hora de las cuentas! ¡Seguro! Ha llegado la hora.

Dr. X. — Lo siento mucho.

A. — ¿Cómo que lo siente mucho? Permítame, soy yo el que lo siente mucho, no puede darse cuenta. ¡Usted me ha hecho polvo, me ha vuelto loco durante años! ¡años! ¡y ahora quiere quedarse ahí!

Dr. X. — ¡Socorro! ¡Socorro!

(A partir de este momento el doctor gritará socorro una docena de veces cada vez más fuerte con una voz mejor modulada cada vez, de cerdo al que están degollando).

¡Al asesino! ¡Socooooorro! ¡Socooooorro! ¡Socooooorro! ¡Socooooorro!

A. — Cállese y siéntese.

Dr. X. — ¡Socooooorro! ¡Socooooorro!

A. — ¡Cállese, o lo amordazo!

Dr. X. — ¡Socooooorro! (*Largo alarido*).

A. — ¡Pobre idiota! ¡Pobre imbécil! ¡Siéntese!

Dr. X. — ¡Socooooorro! (*Débil refunfuño*).

A. — ¿De qué tiene miedo?

Dr. X. — ¡Socooooorro! (*Reanudación de los gritos*). Ve como es peligroso.

A. — No, no soy peligroso.

Dr. X. — ¡Socooooorro!

A. — ¿Tiene miedo de que le corte la pilila?

Dr. X. — ¡Socooooorro! (*Este grito es et mas boni-de todos*).

A. — ¡Qué grabación más divertida!

Dr. X. — ¡Será muy divertida! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

(Esta vez es el grito lúgubre final de una tripa le se deshinchaba como un animal muerto — seguido de un largo silencio).

A. — Vamos, buen hombre, recoja sus gafas.

Dr. X. — Rotas. (Lo que no era cierto).

(Nueva pausa).

A. — Bueno. ¡No esperaba que se comportase como un imbécil! ¡De verdad que no! ¡Es usted un niño!, en realidad usted ha empezado la disputa. Siéntese. ¡Y usted es un hombre de ciencia! ¡Pues bien, sí que es hermosa su ciencia! Es bonito, Freud estaría encantado! Nunca llegó a una situación de loco furioso como ésta.

Dr. X. — Ahora si quiere hacer el favor, terminemos ya. Afuera están prevenidos, tal vez valdría más que se fuese.

A. — Yo estaría encantado en que llegara hasta el fin.

Dr. X. — Se está exponiendo a que lo internen, pero no será por mi culpa.

A. — Muy bien, encantado, espero a pie firme este internamiento, tengo curiosidad por saber si llegará hasta eso, por ahora estamos escribiendo un excelente capítulo del psicoanálisis.

Dr. X. — Verdaderamente, ¿qué otra cosa quiere que le diga?

A. — Entonces sentémonos y esperemos a la po-cía, la llegada de su papá. Siéntese, cálmese, está muy nervioso, Dr. Jekyll, ¿eh?... El señor Hyde nunca está muy lejos, Hmmm... ¡y pensar que yo

le apreciaba!... (pausa) yo no soy peligroso, soy muy amable.

Dr. X. — Sí, seguro, créalo.

A. — No, no... ahora vamos a empezar el proceso de los psicoanalistas y vamos a ver lo que ocurre y lo que hacen en su gabinete, y dónde están con sus clientes, vamos a verlo y creo que será apasionante como descubrimiento, saber quién tiene la cabezota al revés. ¿Qué? ¿Quiere irse? ¿quiere largarse corriendo? ¡Cochino!

(Se oye a lo lejos la voz del doctor dirigiéndose a su mujer —«Lulú, por favor, llama al 609»).

A. — (Imitando la voz y el tono del doctor). Te lo suplico, aprisa... Bueno, nos vamos...

Ya no tiene nada que decir, doctor; antes de despedirnos.

Dr. X. — La próxima vez...

A. — ¿Sí?

Dr. X. — Hoy no hablaré más, quiero volver a hablar con usted pero será sólo ante personas capaces de limitar sus violencias.

A. — ¡Muy bien!

Dr. X. — Pero estoy dispuesto a tener una explicación con usted sin magnetófono y ante personas capaces de contenerlo.

A. — ¡Muy bien! ¿No tiene nada más que decir? ¿Entonces hemos terminado? ¿Cortamos? ¿Se interrumpe la sesión?

Dr. X. — ¡Sí!

A. — Muy bien, se interrumpe la sesión, ésta es la primera sesión, hasta la próxima entonces. Hasta la vista, doctor.